

COLECCIÓN UNIVERSAL IV-7

N.º 149 y 150

GOLDONI

La Posadera

COMEDIA



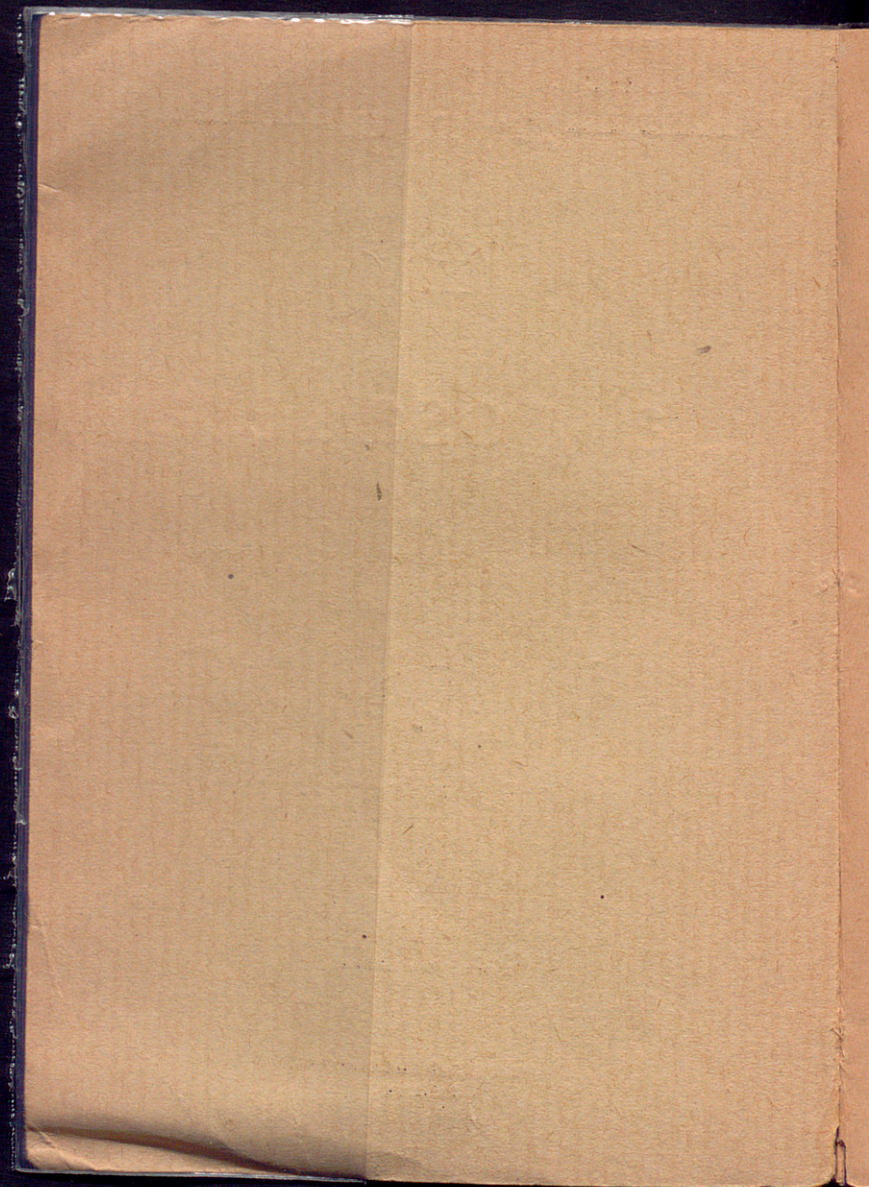
850
GOL

UNIVERSITAT DE LLEIDA
Biblioteca



1600083750

MADRID-BARCELONA
MCMXX



COLECCIÓN UNIVERSAL

Goldoni

LA POSADERA

COMEDIA

MCMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

850 60L

1600083750

S. 6. 6.

COLECCIÓN UNIVERSAL

GOLDONI

La Posadera

COMEDIA

La traducción del italiano ha sido
hecha por Cipriano Rivas Cherif.



S. GILI I GAYA

MADRID-BARCELONA
MCMXX

0077-16060

Carlos Goldoni nace en Venecia en 1707. Dado desde niño más a la libertad espiritual del arte que a los métodos estrechos y pacatas costumbres de las gentes tranquilamente avenidas con el monótono acomodo de una existencia regular, se fuga, imberbe aún, con una tropa de cómicos; pero, reintegrado al paterno hogar, hácese al cabo, tras algunas tropelías de estudiante, doctor en Padua en 1731. Recorre después, con escasa prosperidad material, el norte de Italia, Milán, Parma, Verona y Venecia, entregado al ejercicio de las leyes. en 1736 escribe su primer drama, un Don Juan Tenorio, basado en la leyenda y comedias anteriores del Convidado de Piedra, inferior a ellas y sin que se adviertan otras cualidades de las que después han de ser distintivas de su teatro, que es la supresión de casi todo el elemento extrahumano y prodigioso de la leyenda, en gracia a su instintiva propensión al natural. Siguiendo en sus andanzas, se casa en Génova con Nicoletta Conio, fidelísima compañera de su vida de allí en adelante. Cónsul de Génova en Venecia más tarde, en 1744, con pretexto de visitar la Toscana va a Pisa circunstancialmente, y allí se queda hasta 1747. Por entonces ya compagina asiduamente los deberes de su cargo con la invención de argumentos para las improvisadas comedias del arte, tradicionales en Italia. Este último año, hallándose en Liorna el director de compañía Medebac, va a Pisa y le pide,

no ya una de las s3litas intrigas de *Arlequines*, *Colombinas* y *Pantalones*, sino una comedia tal. El ensayo es decisivo. Goldoni vuelve a su patria, y, abandonando todo otro empe3o, se compromete con Medebac a escribir un repertorio completo, que entrega con prodigiosa facilidad; en el a3o de 1749 a 1750 escribi3 16 obras en tres actos, entre ellas *La locandiera*, que hoy traducimos, verdadero modelo en su g3nero y prototipo de la producci3n goldoniana.

Goldoni crea el moderno teatro italiano, substituyendo las burd3simas farsas, en boga hasta entonces, por la simplic3sima pintura de tipos, ligeramente caricaturizados y sacados de la realidad, observada, es cierto, con cierta malicia rosada y a flor de piel, que encubre con la gracia exterior la superficialidad dram3tica.

Aunque en las comedias de Goldoni subsisten, afinadas, estilizadas, sutilizadas, las situaciones fundamentales de las comedias del arte, presto surgi3 la tendencia nacionalista que, a cuenta de la reforma exterior operada por el saludable proveedor de Medebac, y en defensa de la tradici3n que cre3an b3rbaramente hollada, arremet3 contra Goldoni violentamente. Pietro Chiari y Carlo Gozzi son las cabezas m3s visibles del movimiento. Descorazonado en parte Goldoni, y en parte atendiendo a los requerimientos de los c3micos italianos que en la corte de Francia representaban, trasl3dase a Par3s en 1762, y alternando los argumentos, de moda all3 todav3a, con algunas co-

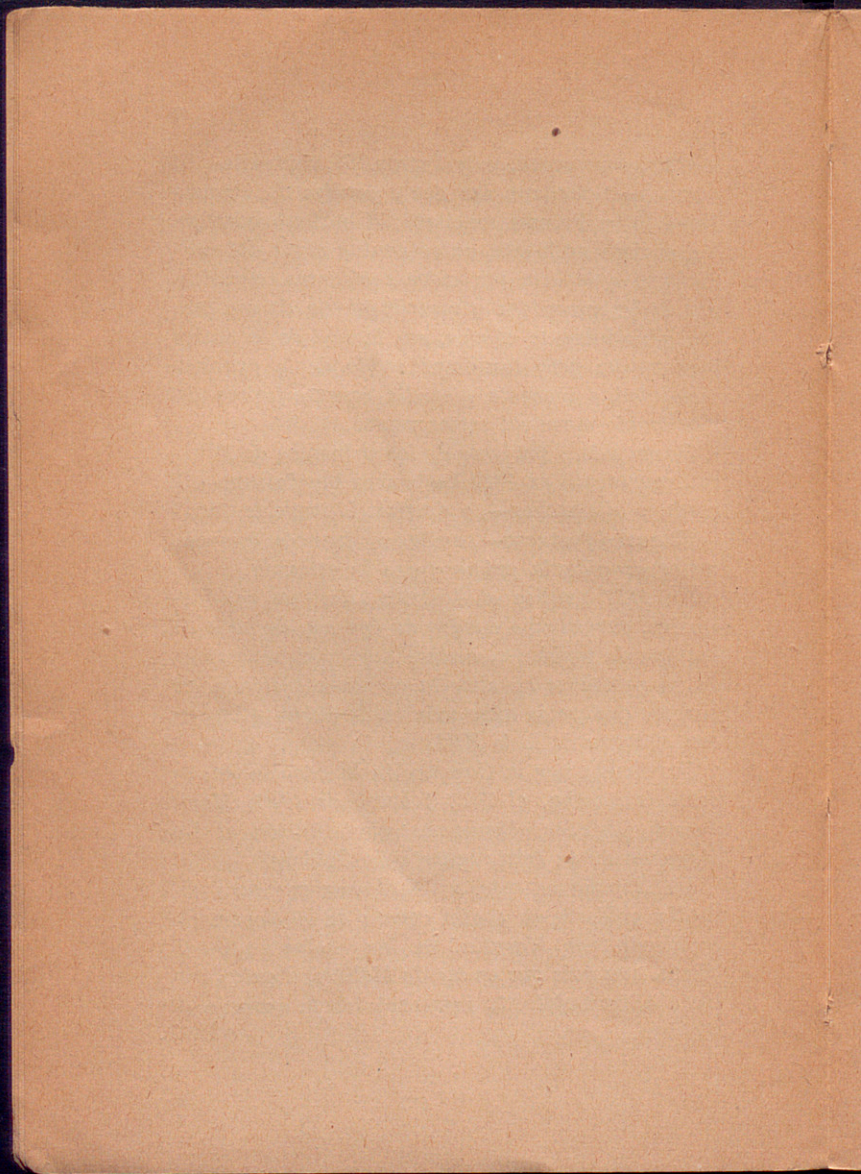
medias, representa, entre otras, El ventaglio—El abanico—, que, con las dos comedias de Pamela fanciulla y Pamela macitata, Il barbero benefico, Un curioso accidente, entre tantas otras del mismo tipo e incluso parecidos incidentes, constituyen la imperecedera y risueña gloria de ese teatro, plácidamente cómico, sin la hiel de la sátira molieresca; pero tan impregnado de la graciosa melosidad e inocente picardía características del moribundo carnaval settecentesco.

Promovido a profesor de las princesas de Francia, representa en 1771 Le bourru bienfaisant—El verdugo bienhechor—, y después L'avare fastueux—El avaro fastuoso—, ambas en francés, y mucho mejor acogida la primera que la segunda.

En 1787 publica en francés asimismo sus Memorias, curiosísimo cuadro de época y dechado de pintura de ambiente, incluso por la circunstancia de no prestarse en ellas la menor atención a los sucesos que pocos años más tarde daban al traste con el trono de Luis XVI.

Suprimida por la Convención la pensión que la corte le pasaba, el 7 de febrero de 1793, Marie Joseph Chémier obtenía su rehabilitación al día siguiente de la triste muerte de Goldoni.

En España se representó alguna que otra comedia goldoniana, según consta en el repertorio publicado por Moratín, en las cuales se manifiesta, aun más que en las de Molière, a quien tradujo adaptándolo, la influencia de la manera de Goldoni.



LA POSADERA

PERSONAJES

EL CABALLERO ROCATALLADA.

EL MARQUES DE FORLIPOPOLIS.

EL CONDE DE ALBAFLORIDA.

MIRANDOLINA, *posadera.*

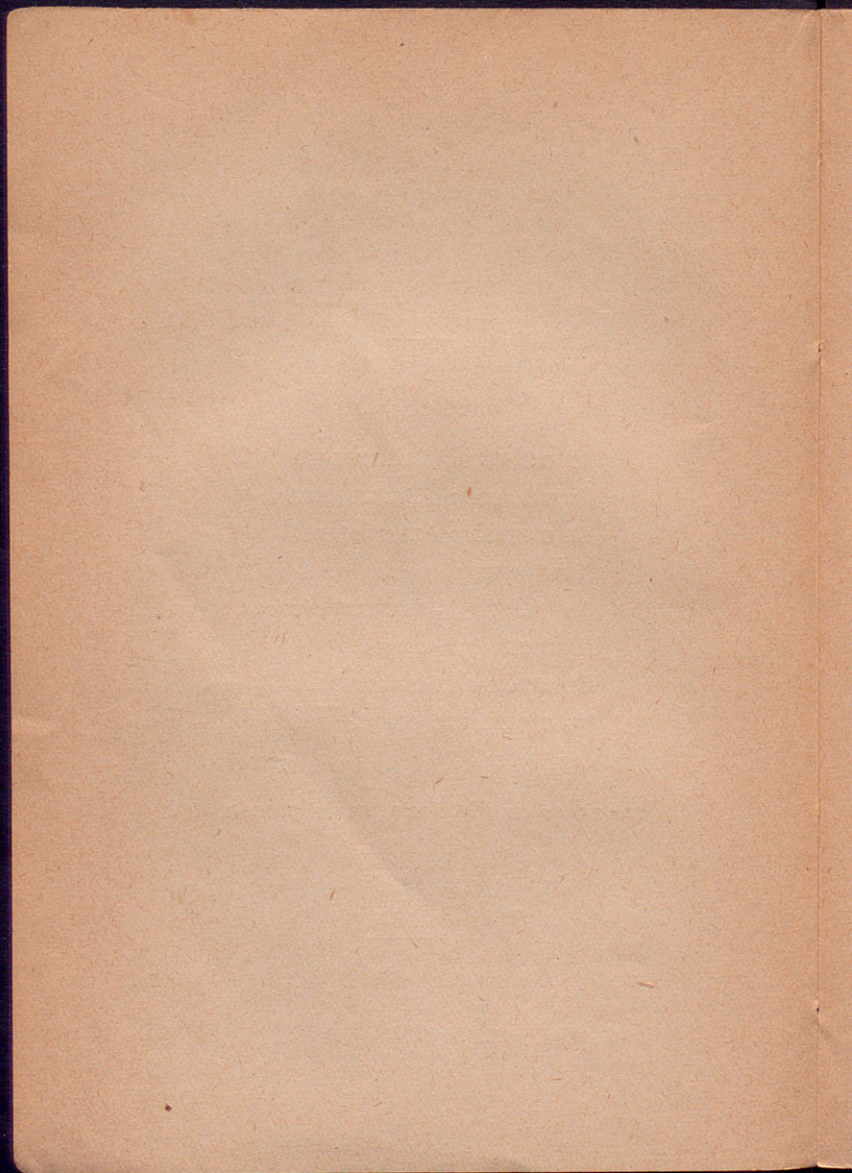
HORTENSIA y DEYANIRA, *cómicas.*

FABRICIO, *camarero.*

EL CRIADO DEL CABALLERO.

EL CRIADO DEL CONDE.

La escena es en Florencia, en la posada de Mirandolina.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Sala de posada.

EL MARQUES DE FORLIPOPOLIS *y el* CONDE DE ALBAFLORIDA

MARQUES.—Entre vuesa merced y yo hay alguna diferencia.

CONDE.—En la posada, tanto vale su dinero cuanto el mío.

MARQUES.—Pues si la posadera usa distinciones conmigo es porque más que a vuesa merced me pertenecen.

CONDE.—¿Por qué razón?

MARQUES.—Yo soy el marqués de Forlipópolis.

CONDE.—Y yo el conde de Albaflorida.

MARQUES.—Sí, sí, conde... Un condado comprado.

CONDE.—Yo compré mi condado cuando vuesa merced vendió su marquesado.

MARQUES.—Basta. Yo soy quien soy y se me debe respeto.

CONDE.—¿Y quién se lo pierde a vuesa merced?

Vuesa merced es quien hablando con tanta libertad...

MARQUES.—Estoy en esta posada por amor de la posadera. Todo el mundo lo sabe, y todo el mundo debe respetar a una muchacha que a mí me gusta.

CONDE.—¡Esta sí que es buena! ¿Quiere vuesa merced impedir que corteje a Mirandolina? ¿Y por qué cree que estoy en esta posada?

MARQUES.—Bien. Vuesa merced nada conseguirá.

CONDE.—¿Yo no y vuesa merced sí?

MARQUES.—Yo sí, y vuesa merced, no. Yo soy quien soy. Mirandolina ha menester mi protección.

CONDE.—Mirandolina ha menester dinero, no protecciones.

MARQUES.—¿Dinero...? No me falta.

CONDE.—Yo gasto un cequí diario, señor marqués, y de continuo le regalo.

MARQUES.—Pues yo no digo lo que hago.

CONDE.—Vuesa merced no lo dice, pero se sabe.

MARQUES.—No todo.

CONDE.—Sí, mi querido señor marqués, se sabe. Los camareros lo dicen. Seis reales diarios.

MARQUES.—A propósito de camareros: ese que llaman Fabricio me gusta poco. Parece que la posadera lo mira con buenos ojos.

CONDE.—Puede ser que quiera casarse con él. No estaría mal. Seis meses hace que ha muerto su padre. Una muchacha sola al frente de una

posada ha de verse en aprieto. Por mi parte, le tengo ofrecidos, si se casa, trescientos escudos.

MARQUES.—Si se casa, yo que soy su protector haré... lo que yo me sé.

CONDE.—Venga acá vuesa merced y entendámonos como buenos amigos. Démosle trescientos escudos cada cual.

MARQUES.—Lo que yo hago, lo hago en secreto y no lo pregono. Yo soy quien soy. ¡Hola! (*Llamando.*)

CONDE.—(¡Mísero! ¡Pobre y vanidoso!)

ESCENA II

DICHOS y FABRICIO

FABRICIO.—A la orden, señor. (*Al marqués.*)

MARQUES.—¿Señor? ¿No te han enseñado la buena crianza?

FABRICIO.—Perdone vuesa merced.

CONDE.—Dime, ¿qué tal está el ama? (*A Fabricio.*)

FABRICIO.—Está bien, ilustrísimo.

MARQUES.—¿Se ha levantado de la cama?

FABRICIO.—Sí, ilustrísimo.

MARQUES.—Burro.

FABRICIO.—¿Por qué, ilustrísimo señor?

MARQUES.—¿Qué es eso de ilustrísimo?

FABRICIO.—Es el tratamiento que he dado también a ese otro señor.

MARQUES.—Entre él y yo hay alguna diferencia.

CONDE.—¿Oyes? (*A Fabricio.*)

FABRICIO.—(Verdad dice. La hay: en las cuentas lo veo.) (*Bajo al conde.*)

MARQUES.—Dile al ama que venga, que tengo que hablarle.

FABRICIO.—Lo haré, excelencia. ¿He errado esta vez?

MARQUES.—Ahora está bien. Hace seis meses que lo sabes; pero eres un impertinente.

FABRICIO.—Como mande vuestra excelencia.

CONDE.—¿Quieres ver la diferencia que hay entre el marqués y yo?

MARQUES.—¿Qué quiere decir vuesa merced?

CONDE.—Ten. Toma un cequí. Dile que te dé otro.

FABRICIO.—Gracias, ilustrísimo. (*Al conde.*) Excelencia... (*Al marqués.*)

MARQUES.—No soy un loco que así tire los míos. Vete.

FABRICIO.—Que el cielo le bendiga, ilustrísimo señor. (*Al conde.*) Excelencia... ¡Rematado! No son títulos, sino dinero, lo que hace falta para hacer valer la propia opinión en país ajeno. (*Vase.*)

ESCENA III

EL MARQUES y EL CONDE

MARQUES.—Vuesa merced cree vencerme con regalos, mas nada conseguirá. Mi condición vale más que todas las monedas.

CONDE.—Yo no aprecio lo que vale, sino lo que se puede gastar.

MARQUES.—Gaste, gaste vuesa merced hasta hartarse, que Mirandolina no le estima nada.

CONDE.—¿Cree vuesa merced ser más estimado con toda su nobleza? Dineros son menester.

MARQUES.—¡Qué dineros! Protección necesita. Hay que saber portarse bien en ocasión de hacerle un favor.

CONDE.—Sí, portarse bien en ocasión de prestar cien doblas.

MARQUES.—Hacerse respetar es lo que hace falta.

CONDE.—Cuando no faltan dineros, sobra respeto.

MARQUES.—Vuesa merced no sabe lo que dice.

CONDE.—Mejor que vuesa merced.

ESCENA IV

EL CABALLERO ROCATALLADA, *saliendo de su aposento, y* DICHS

CABALLERO.—¿Qué estrépito es ése, amigos?
¿Cuestión tenemos?

CONDE.—Discutíamos un punto sutil.

MARQUES.—Discute el conde conmigo acerca del mérito de la nobleza. (*Irónico.*)

CONDE.—No le quito yo el mérito a la nobleza;

pero sostengo que para satisfacer los caprichos se necesita dinero...

CABALLERO.—Verdaderamente, marqués de mi alma...

MARQUES.—¡Bah, bah!; hablemos de otra cosa.

CABALLERO.—¿Y a santo de qué semejante disputa?

CONDE.—Por el motivo más ridículo de la tierra.

MARQUES.—¡Bravo! El conde todo lo pone en ridículo.

CONDE.—El señor marqués está enamorado de nuestra posadera, y yo más que él. Pretende ser correspondido en tributo a su nobleza. Yo espero tal en recompensa a mis atenciones. ¿No le parece a vuesa merced que la cuestión es ridícula?

MARQUES.—Es menester saber el empeño que en protegerla pongo.

CONDE.—El la protege, y yo gasto. (*Al caballero.*)

CABALLERO.—En verdad que no hay cuestión que menos que ésta merezca debatirse. ¿Una mujer es quien así os altera y descompone? ¿Una mujer? ¡Qué cosas se oyen! ¡Una mujer! Por mi parte, no hay peligro de que por las mujeres tenga que trabarme de palabras con nadie. Nunca me he enamorado de ellas, jamás les he tenido ese aprecio y siempre he creído que es la mujer para el hombre insoportable enfermedad.

MARQUES.—En cuanto a eso, es de ver el mérito extraordinario de Mirandolina.

CONDE.—El señor marqués tiene razón ahora. La patrona de nuestra posada es, en verdad, encantadora.

MARQUES.—Cuando yo estoy de ella enamorado, puede vuesa merced creer que hay en ella algo excepcional.

CABALLERO.—En verdad que me hacen reír vuestras mercedes. ¿Qué puede tener ésta de extravagante que no sea común a las demás mujeres?

MARQUES.—Tiene una simpatía que subyuga.

CONDE.—Es linda, habla bien, viste limpiamente, tiene excelente gusto.

CABALLERO.—Cosas todas que no valen una higa. Tres días hace que estoy en esta posada y nada especial he encontrado en ella.

CONDE.—Mírela y verá cosa buena.

CABALLERO.—¡Locuras! La he visto perfectamente. Es una mujer como las demás.

MARQUES.—No, no, que tiene algo que las demás no tienen. Yo, que he tratado a señoras muy principales, no he encontrado una que, como ésta, sepa unir a la amabilidad el decoro.

CONDE.—¡Por vida de Baco! Hecho estoy a tratar mujeres, conozco sus defectos y su flaco. Pues a ésta, no obstante mi asiduo cortejo y los muchos gastos que me cuesta, no he podido tomarle un dedo.

CABALLERO.—Arte todo, arte finísimo. ¡Pobres infelices! ¿Créenle tales cosas? A mí no me la daría. ¿Mujeres a mí? A la larga, todas iguales.

CONDE.—¿Nunca ha estado enamorado vuesa merced?

CABALLERO.—Nunca, ni lo estaré. Los imposibles han hecho por darme mujer, sin que nunca la haya querido tomar.

MARQUES.—Mas siendo el único de su casa, ¿cómo vuesa merced no piensa en la sucesión?

CABALLERO.—Cierto que he pensado muchas veces; mas cuando considero que para tener hijos tendría que aguantar a una mujer, pásanseme al punto las ganas.

CONDE.—¿Y qué pretende hacer vuesa merced de sus riquezas?

CABALLERO.—Disfrutar con mis amigos lo poco que tengo.

MARQUES.—Bravo, bravo, amigo, lo disfrutaremos.

CONDE.—¿Y nada le quiere dar a las mujeres?

CABALLERO.—Nada absolutamente. Lo que es a mí, a buen seguro que no me conocen.

CONDE.—Aquí está nuestra patrona. Mírela y diga si no es adorable.

CABALLERO.—¡Bah, bah! Por mi parte, aprecio cuatro veces más un buen perro de caza.

MARQUES.—No así yo, que la tengo en mucho.

CABALLERO.—Había de ser más hermosa que Venus, y a vuesa merced se la dejaría.

ESCENA V

MIRANDOLINA y DICHOS

MIRANDOLINA.—Salud a todos, caballeros. ¿Quién es, señores, quién de ustedes me necesita?

MARQUES.—Yo os necesito, mas no aquí.

MIRANDOLINA.—¿Dónde, pues, excelencia?

MARQUES.—En mi aposento.

MIRANDOLINA.—¿En su aposento? Si algo necesita, el camarero le servirá.

MARQUES.—¿Qué me dice vuesa merced de esa seriedad? *(Al caballero.)*

CABALLERO.—Lo que vuesa merced llama seriedad, llamaríalo yo temeridad e impertinencia. *(Al marqués.)*

CONDE.—Mirandolina, yo os hablaré en público, porque no os molestéis en ir a mi aposento. Ved estos pendientes. ¿Os gustan?

MIRANDOLINA.—Lindos son.

CONDE.—Diamantes.

MIRANDOLINA.—Ya lo veo. También yo entiendo de diamantes.

CONDE.—Pues a vuestra disposición están.

CABALLERO.—Amigo mío, eso es tirarlos. *(Bajo, al conde.)*

MIRANDOLINA.—¿Y por qué quiere darme esos pendientes vuesa señoría?

MARQUES.—Pues, señor. ¡Sí que es un regalo! Ella los tiene el doble de lindos.

CONDE.—Están engarzados a la moda. Os ruego que por mi amor los toméis.

CABALLERO.—¡Qué locura!

MIRANDOLINA.—No en mis días.

CONDE.—Me enfadáis a no tomarlos.

MIRANDOLINA.—No sé qué decir a eso... porque me interesa conservar la amistad de mis huéspedes. Por no disgustar al señor conde, los tomaré.

CABALLERO.—¡Miren la muy astuta!

CONDE.—¡Qué me dice vuesa merced de tan despierta gracia? *(Al caballero.)*

CABALLERO.—¡Sí que es despierta!) ¡Se queda con ellos y ni siquiera lo agradece.

MARQUES.—¡Señor conde, sí que vuesa merced hace raros méritos! ¡Regalar a una mujer en público por vanidad no más! Mirandolina, tengo que hablaros a solas; caballero soy.

MIRANDOLINA.—¡Qué tiesura! No se escurre, no.) Si no tiene más que mandarme, me retiro.

CABALLERO.—¡Eh! ¡Patrona! Las sábanas que me han puesto, no me gustan. Si no las tienen mejores, yo me compraré otras. *(Con desprecio.)*

MIRANDOLINA.—Mejores se las pondrán, sí, señor, y vuesa merced será servido; pero me parece que podía pedirlo con alguna más consideración.

CABALLERO.—Donde me gasto mi dinero no he menester hacer cumplidos.

CONDE.—Compacedle, Mirandolina. Es enemigo declarado de las mujeres.

CABALLERO.—Poco a poco, que no necesito que me compadezca.

MIRANDOLINA.—¡Pobres mujeres! ¿Qué le han hecho? ¿Por qué tan cruel con nosotras, señor caballero?

CABALLERO.—Basta ya, que conmigo no se ha de tomar mayores confianzas. Cámbienme las sábanas. Mandaré a mi criado por ellas. Amigos míos, esclavo soy de vuestras mercedes.

ESCENA VI

EL MARQUES, EL CONDE y MIRANDOLINA

MIRANDOLINA.—¡Qué hombre más salvaje! Otro igual no vi.

CONDE.—No todo el mundo sabe apreciar vuestro mérito, Mirandolina.

MIRANDOLINA.—A fe que tan estomagada estoy de sus modos que quiero despedirle luego.

MARQUES.—Bien me parece; y si no quiere marcharse, decídmelo a mí, que al punto haré que se vaya. Disponed siempre de mi protección.

CONDE.—En cuanto al dinero que podáis perder, yo lo supliré, pagándolo todo. (Oíd, despedid también al marqués, que yo pagaré.)

MIRANDOLINA.—Gracias, señores míos. Tengo suficiente labia para decirle a un huésped que en mi casa no lo quiero ya; y en lo que hace a la ganancia, en mi posada no hay aposentos vacíos.

ESCENA VII

FABRICIO *y* DICHOS

FABRICIO.—Ilustrísimo, un hombre pregunta por vuestra señoría. (*Al conde.*)

CONDE.—¿No sabes quién es?

FABRICIO.—Me parece que es un engarzador de joyas. (*Mirandolina, juicio, que aquí no estáis bien.*) (*Bajo a Mirandolina, y vase.*)

CONDE.—Ah, sí; viene a enseñarme una alhaja. Mirandolina, quiero que esos pendientes no estén solos.

MIRANDOLINA.—¿Ah, no, señor conde?

CONDE.—Mucho merece Mirandolina, y yo en nada estimo el dinero. Voy a ver esa alhaja. Adiós, Mirandolina; señor marqués, se le saluda.

ESCENA VIII

EL MARQUES *y* MIRANDOLINA.

MARQUES.—(¡Maldito conde! Me aplasta con su dinero.)

MIRANDOLINA.—A la verdad, el señor conde se toma demasiadas molestias.

MARQUES.—Es de los que tienen cuatro cuartos y se los gastan por vanidad, por petulancia. Co-

nozco yo muy bien a esos tales, porque sé cómo anda el mundo.

MIRANDOLINA.—¡Uh! Cómo anda el mundo también yo lo sé...

MARQUES.—Creo que a una mujer así con regalos se la gana.

MIRANDOLINA.—Los regalos no sientan mal.

MARQUES.—A mí me parecería que os injuriaba si con regalos intentara obligaros.

MIRANDOLINA.—Cierto que el señor marqués no me ha injuriado nunca.

MARQUES.—Y nunca tales injurias os haré.

MIRANDOLINA.—Segura estoy de ello.

MARQUES.—Pero allí donde pueda serviros, mandadme.

MIRANDOLINA.—Sería menester que yo supiese qué es lo que vuestra excelencia puede.

MARQUES.—Todo. Probadme.

MIRANDOLINA.—Pero ¿en qué?, por ejemplo.

MARQUES.—¡Por Baco, que tenéis un ingenio sorprendente!

MIRANDOLINA.—Mil gracias, excelencia.

MARQUES.—Estaba por decir un despropósito: que casi de mi excelencia maldigo.

MIRANDOLINA.—¿Y por qué, señor mío?

MARQUES.—Preferiría a veces la condición del conde.

MIRANDOLINA.—¿Por su dinero acaso?

MARQUES.—¡Qué dinero ni qué...! Una higa se me da de ello. Pero si fuese como él, no más que un conde ridículo...

MIRANDOLINA.—¿Qué haría vuestra excelencia?

MARQUES.—¡Cuerpo del diablo... me casaría!

(*Vase.*)

ESCENA IX

MIRANDOLINA, *sola*

MIRANDOLINA.—¡Uy, lo que ha dicho! El excelentísimo señor marqués de la Miseria se casaría conmigo... Mas con todo y con querer él casarse conmigo habría una pequeña dificultad. Que no querría yo. Me gusta el asado, mas del humo no sé qué hacer. ¡Si me hubiese casado con cuantos me han dicho que me querían! Cuantos a esta posada llegan se enamoran de mí, todos por mí se perecen y muchos me dan sin más su promesa de matrimonio. Menos ese señor caballero, salvaje como un oso, que tan bruscamente me trata. El es el primer huésped llegado a mi posada que no se complazca en mi trato. Porque no digo que todos, y de pronto, tengan que enamorarse; pero despreciarme de tal suerte... ¡Vaya que es cosa que me revuelve la bilis! ¿Es enemigo de las mujeres? ¿Ni verlas puede? ¡Pobre loco! No habrá encontrado aún la que sepa componérselas. Pero la encontrará. La encontrará. ¿Quién sabe si no la ha encontrado a estas horas? Porque lo que es éste, picada me tiene. Los que vienen tras de mí presto me fastidian. La nobleza no me va. La riqueza la aprecio o no, según se mire. Todo mi

gusto consiste en verme cortejada, deseada. Tal mi debilidad y la de casi todas las mujeres. En casarme, ni pienso siquiera, que de nadie necesito; vivo honradamente, y con mi libertad campo. A todos trato, mas de nadie me enamoro. Burlarme quiero de tanta caricatura de enamorados perdidos, y usar de todo mi arte para vencer, derrotar y conquistar esos bárbaros y empedernidos corazones, enemigos nuestros, que somos lo mejor que en el mundo ha producido Naturaleza.

ESCENA X

FABRICIO y DICHA

FABRICIO.—Señora ama.

MIRANDOLINA.—¿Qué hay?

FABRICIO.—El huésped alojado en el aposento de en medio se queja de las sábanas; dice que son ordinarias, y que no las quiere.

MIRANDOLINA.—Lo sé, lo sé. También a mí me lo ha dicho, y atenderle quiero.

FABRICIO.—Bien está. Venid entonces a sacar la ropa para que se la lleve.

MIRANDOLINA.—Idos, idos, que yo se la llevaré.

FABRICIO.—¿Vos se la queréis llevar?

MIRANDOLINA.—Yo, sí.

FABRICIO.—Mucho os interesa el huésped.

MIRANDOLINA.—Por todos me intereso. Atended a vuestro quehacer.

FABRICIO.—(Ya entiendo. No haremos nada. Me lisonjea, pero nada haremos.)

MIRANDOLINA.—(¡Pobre infeliz! Tiene sus pretensiones. Alimentarle quiero esas esperanzas, porque fiel me sirva.)

FABRICIO.—Siempre ha habido la costumbre de ser yo quien a los huéspedes sirva.

MIRANDOLINA.—Pero eres con ellos un poco rudo.

FABRICIO.—Y vos amable en demasía.

MIRANDOLINA.—Yo sé lo que me hago, y no he menester que nadie me corrija.

FABRICIO.—Bien. Buscad otro camarero.

MIRANDOLINA.—¿Por qué, Fabricio? ¿Estás disgustado conmigo?

FABRICIO.—¿Os acordáis de lo que nos dijo vuestro padre antes de morir?

MIRANDOLINA.—Sí; cuando casarme quiera me acordaré de lo que mi padre me dijo.

FABRICIO.—Pero yo tengo la piel muy delicada, y no puedo sufrir ciertas cosas.

MIRANDOLINA.—¿Pues qué me crees? ¡Una coqueta, una veleta, una loca! Me maravilla oírte. ¿Qué me importan a mí los huéspedes que vienen y se van? Si los trato bien, por interés lo hago y por conservar el crédito de la posada. Regalos, no los necesito; en cuanto hace al amor, uno me basta, y ése no me falta; sé lo que merece y lo que me conviene. Cuando quiera casarme... me acordaré de mi padre. Quien me haya servido bien, no tendrá queja de mí. Agradecida soy. Reconozco el mérito ajeno... Pero a mí no se me reconoce

el mío. En fin, Fabricio, entiéndeme si quieres.
(*Vase.*)

FABRICIO.—Quién entenderla pueda, ya tiene que ser listo. Tan pronto parece que me quiere, como que no. Dice que no es casquivana, pero quiere hacer su gusto. No sé qué pensar. A las vistas me estaré. Me gusta, la quiero, arreglaríame muy bien con ella por toda la vida. ¡Ay! Preciso es cerrar un ojo y dejar pasar alguna cosilla. Al cabo, los huéspedes vienen y se van, y yo aquí me quedo. Para mí ha de ser lo mejor. (*Vase.*)

ESCENA XI

EL CABALLERO y su CRIADO

CRIADO.—Ilustrísima, esta carta han traído.

CABALLERO.—Tráeme el chocolate. (*El criado se va; el caballero abre la carta.*) “Siena, 1.º de enero 1753. (¿Quién me escribe?) Horacio Tacañi. Amigo carísimo. La sincera amistad que a ti me une, muéveme a avisarte de cuán necesario es que a tu patria vuelvas. El conde de Manna ha muerto. (¡Pobre señor! Lo siento.) Deja a su única hija soltera heredera de ciento cincuenta mil escudos. Todos tus amigos desearían que tal fortuna fuese tuya, y están maquinando...” Pues que no se cansen por mí, que ni oír hablar de ello quiero. Ya saben que rehuyo estorbo de mujer. Y éste mi amigo que mejor que ningún otro

lo sabe, más que todos me enoja. (*Rompe la carta.*) ¡Qué me importan ciento cincuenta mil escudos? Con menos me basta mientras esté solo. Acompañado no me bastaría con mucho más. ¡Casado yo! ¡Antes una cuartana!

ESCENA XII

EL MARQUES y DICHO

MARQUES.—Amigo, ¿place a vuesa merced que os haga compañía?

CABALLERO.—Me hacéis un honor.

MARQUES.—Entre vuesa merced y yo puede haber al menos confianza; pero ese bestia del conde no es digno de estar en conversación con nosotros.

CABALLERO.—Marqués, hágame caso vuesa merced, y respete a los demás si quiere a su vez ser respetado.

MARQUES.—Vuesa merced conoce mi natural. Soy cortés con todo el mundo; pero a ese hombre no lo puedo sufrir.

CABALLERO.—Porque es rival vuestro en amor. ¡Qué vergüenza! ¡Un caballero de vuestra condición enamorarse de una posadera! ¡Un hombre tan prudente como vuesa merced correr tras una mujer!

MARQUES.—Caballero amigo, ésta me ha embrujado.

CABALLERO.—¡Locuras y debilidades! ¡Qué embrujamientos son éstos! ¿Cómo se entiende que a mí no me embrujen? Sus hechizos consisten en sus mimos y lisonjas, y quien de ellos se aparta, cual yo hago, no haya miedo que se deje embrujar.

MARQUES.—En fin: después de todo, me preocupa hasta cierto punto; que ahora quien me inquieta y fastidia es el administrador de mis fincas.

CABALLERO.—¿Os ha hecho algún desaguisado?

MARQUES.—No me ha cumplido una palabra que dada me tenía.

ESCENA XIII

EL CRIADO, *con un chocolate, y* DICHOS

CABALLERO.—¡Oh, cuánto lo siento!... Haz otro en seguida. (*Al criado.*)

SERVIDOR.—Por hoy no tenemos más chocolate, ilustrísimo.

CABALLERO.—Pues es menester comprarlo. Si vuesa merced se digna aceptar éste...

MARQUES. (*Toma el chocolate, y, bebiéndoselo sin cumplidos, continúa hablando y bebiendo, como sigue.*)—Pues mi administrador, como os decía...

CABALLERO.—(Y yo me quedo sin él.)

MARQUES.—Me había prometido enviarme con el ordinario... (*Bebe.*) veinte cequíes... (*Bebe.*)

CABALLERO.—(Ahora se me viene con otro sa-
blazo.)

MARQUES.—Y no me los ha enviado... (*Bebe.*)

CABALLERO.—Otro día se los mandará.

MARQUES.—Pero el caso es... el caso es... (*Acaba de beber.*) Tened (*Le da la jícara al criado.*), el caso es que estoy en grave apuro y no sé cómo hacer.

CABALLERO.—¡Bah, ocho días más o menos!...

MARQUES.—Pero vuesa merced, que es caballero, sabe lo que es el cumplir una palabra. Estoy en grave apuro... ¡cuerpo de Baco! Toco el cielo con las manos.

CABALLERO.—Cuánto deploro veros descontento. (Si supiese cómo escurrirme cortésmente.)

MARQUES.—¿Tendrá vuesa merced inconveniente en hacerme por ocho días el favor...?

CABALLERO.—Marqués, si pudiese, de corazón os serviría; si los tuviera, al punto os los ofrecería. También yo espero y no tengo.

MARQUES.—No querrá hacerme creer vuesa merced que no tiene dinero.

CABALLERO.—Mirad. He aquí mi capital. No llega a dos cequíes. (*Muestra un cequí y varias monedas.*)

MARQUES.—Ahí veo un cequí de oro.

CABALLERO.—El último; no tengo más.

MARQUES.—Prestádmelo, que en tanto yo veré...

CABALLERO.—Pero y yo...

MARQUES.—¿De qué tiene miedo vuesa merced? Yo se lo devolveré.

CABALLERO.—No sé qué decir, tomadlo. (*Le da el cequí.*)

MARQUES.—Se trata de un asunto urgente... amigo. Gracias mil. Hasta la hora de comer. (*Coge el cequí y vase.*)

ESCENA XIV

EL CABALLERO, *solo*

CABALLERO.—¡Bravo! El señor marqués pretendía sacarme veinte cequíes, y se ha contentado con uno. Al cabo, perder un cequí poco importa, y si no me lo devuelve, no volverá a fastidiarme. Más siento que se haya tomado mi chocolate. ¡Qué indiscreción! ¡Y luego mucho yo soy quien soy y mucho caballero! ¡Cumplido caballero!

ESCENA XV

MIRANDOLINA, *con las sábanas, y DICHÓ*

MIRANDOLINA.—¿Da su permiso, ilustrísimo? (*Entrando con cierto embarazo.*)

CABALLERO.—¿Qué queréis por aquí? (*Con aspereza.*)

MIRANDOLINA.—Traigo ropa mejor. (*Se adelanta un poco.*)

CABALLERO.—Bien. Dejádla ahí. (*Señala la mesa.*)

MIRANDOLINA.—Suplícole, al menos, que se digne mirar si es de su gusto.

CABALLERO.—¿De qué es?

MIRANDOLINA.—Las sábanas de Flandes. (*Se adelanta algo más.*)

CABALLERO.—¿De Flandes?

MIRANDOLINA.—Sí, señor; de a veinte reales la vara. Fíjese vuesa merced.

CABALLERO.—No quería yo tanto. Bastábame con que fueran un poco mejores de las que me habíais puesto.

MIRANDOLINA.—Esta ropa la tengo para las personas principales, para quienes saben apreciar, y a fe, señor, que por ser vuesa merced quien es se la pongo, que a otro no se la pondría.

CABALLERO.—(Por ser yo. ¡El cumplido de siempre!)

MIRANDOLINA.—Fíjese en los manteles.

CABALLERO.—¡Oh! Estas telas de holanda cuando se lavan pierden mucho. No es menester que por mí las ensuciéis.

MIRANDOLINA.—Por un caballero de su calidad no me paro yo en pequeñeces. Servilletas como éstas tengo varias, y para vuestra señoría ilustrísima las reservaré.

CABALLERO.—(No se puede negar que es mujer dispuesta.)

MIRANDOLINA.—(Cierto que tiene un ceño de no gustarle las mujeres.)

CABALLERO.—Dad esa ropa a mi camarero, o dejadla ahí en cualquier lado. No hay necesidad de que os molestéis más.

MIRANDOLINA.—Nunca es molestia para mí servir a caballeros de tan alto mérito.

CABALLERO.—Bien, bien; nada más necesito. (Esta quiere adularme. ¡Mujer al fin! Todas iguales.)

MIRANDOLINA.—La dejaré en la alcoba.

CABALLERO.—Sí, donde queráis. (*Con seriedad.*)

MIRANDOLINA.—¡Duro está de pelar! Me temo que nada he de conseguir. (*Va a dejar la ropa.*)

CABALLERO.—(Los tontos oyen esas palabritas, creen en quien las dice y caen.)

MIRANDOLINA.—¿Qué quiere vuesa merced de comida? (*Volviendo sin la ropa.*)

CABALLERO.—Comeré lo que haya.

MIRANDOLINA.—Quisiera saber su gusto. Si prefiere una cosa más que otra, con libertad lo diga.

CABALLERO.—Si algo quiero, al camarero se lo diré.

MIRANDOLINA.—Mas para esas cosas, los hombres no tienen el cuidado y la paciencia que las mujeres tenemos. Si le gusta algún aderezo o salsilla, hágame el favor de decírmelo.

CABALLERO.—Gracias; pero tampoco por ese lado conseguiréis hacer conmigo lo que con el conde y el marqués habéis hecho.

MIRANDOLINA.—¿Qué me dice vuesa merced de la flaqueza de esos caballeros? Vienen a hospedarse a las posadas, y pretenden enamorar a las

posaderas. Pero tenemos que pensar en algo más que en escuchar sus palabritas. A nuestro interés vamos, y si con buenas palabras les hacemos cara, es por tenerlos en casa; lo que es yo, cuando veo cómo se enamoran, me río como una loca.

CABALLERO.—Muy bien. Esa sinceridad me gusta.

MIRANDOLINA.—¡Oh, yo no tengo de bueno sino eso: la sinceridad!

CABALLERO.—Pero sabéis fingir con quien os corteja.

MIRANDOLINA.—¿Fingir yo? ¡Guárdeme el cielo! Pregunte vuesa merced a esos dos señores que tan enamorados se me muestran si nunca les he dado la menor prueba de cariño, ni jamás bromeado con ellos de modo que con fundamento pudieran creerse correspondidos. No los rechazo con malas maneras, porque mi interés no lo permite, pero poco menos. Yo no puedo ver hombres tan mujeriegos, al igual que aborrezco a las mujeres que tras los hombres corren. Ya se ve. Yo no soy una niña; tengo mis años; no soy guapa; pero, en ocasiones, no me han faltado, y con todo no he querido casarme porque tengo en mucho mi libertad.

CABALLERO.—¡Oh, sí, la libertad es un gran tesoro!

MIRANDOLINA.—¡Y tantas como la pierden neciamente!

CABALLERO.—A la larga yo sé lo que me hago.

MIRANDOLINA.—¿Vuestra señoría ilustrísima tiene mujer?

CABALLERO.—Líbreme el cielo. No quiero mujeres.

MIRANDOLINA.—Muy bien. Guárdese de ellas siempre. Las mujeres, señor mío... Pero, en fin, no es a mí a quien toca hablar mal de ellas.

CABALLERO.—Sois la primera mujer a quien así oigo hablar.

MIRANDOLINA.—Yo le diré a vuesa merced; nosotras, las posaderas, vemos y oímos tales cosas que a fe que comprendo muy bien a los que tienen miedo de nuestro sexo.

CABALLERO.—(¡Extraña mujer ésta!)

MIRANDOLINA.—Con permiso de vuestra señoría ilustrísima. (*Hace intención de marcharse.*)

CABALLERO.—¿Tenéis prisa?

MIRANDOLINA.—No quisiera serle importuna a vuestra señoría.

CABALLERO.—No, antes bien me divertís con vuestra compañía.

MIRANDOLINA.—¿Ve vuestra señoría? Lo mismo hago con los demás. Me entretengo con ellos un rato, y como soy alegre y por divertirlos les digo mil bromas, luego se creen... Vuestra señoría me entiende, y me cortejan al punto.

CABALLERO.—Tal sucede porque tenéis buenos modos.

MIRANDOLINA.—Vuestra señoría ilustrísima es muy amable. (*Con una reverencia.*)

CABALLERO.—¡Y se enamoran!

MIRANDOLINA.—¡Mire qué flaqueza! Enamorarse tan luego de una mujer.

CABALLERO.—Ved lo que no he podido comprender nunca.

MIRANDOLINA.—¡Vaya una fortaleza y una virilidad!

CABALLERO.—¡Debilidades y miserias humanas!

MIRANDOLINA.—Así deben pensar los hombres. Señor caballero, deme acá esa mano.

CABALLERO.—¿Por qué queréis que os dé la mano?

MIRANDOLINA.—Hágame el favor, dígnese vuestra señoría; fíjese, la tengo limpia.

CABALLERO.—Aquí está mi mano.

MIRANDOLINA.—Esta es la primera vez que tengo por la mano un hombre que como tal piensa.

CABALLERO.—Bien, basta ya. (*Retira la mano.*)

MIRANDOLINA.—Pues si yo hubiera tomado la mano de uno de esos dos señores, al punto hubiese creído que estaba enamoradísima de él, y se habría quedado embobadísimo. No les daría, no, mi libertad por todo el oro del mundo. No saben vivir. ¡Bendito sea el poder conversar libremente, sin tanta malicia ni tanta ridícula simpleza! Ilustrísima, perdone vuestra señoría mi impertinencia; en todo aquello que pueda servirle, mándeme sin empacho, que yo atenderé a vuestra señoría como a nadie en este mundo.

CABALLERO.—¿Y por qué motivo tenéis conmigo tal parcialidad?

MIRANDOLINA.—Porque a más de su mérito y

condición, estoy segura de que puedo tratar a vuestra señoría con libertad, sin sospecha de que pueda hacer mal uso de mis cuidados; antes bien de que como a criada me tiene sin atormentarme con pretensiones ridículas ni afectadas caricaturas.

CABALLERO.—(¡Qué diablo tiene esta mujer de extraño que yo no entiendo!)

MIRANDOLINA.—(Poco a poco se ha de ir domesticando el sátiro.)

CABALLERO.—Bien. Si tenéis algún quehacer, por mí no permanezcáis aquí.

MIRANDOLINA.—Sí, señor; voime a los quehaceres de la casa, que son mis amores y pasatiempos. Si quiere vuestra señoría algo, mandaré al camarero.

CABALLERO.—...Y si venís alguna vez, con gusto he de veros.

MIRANDOLINA.—Yo, la verdad sea dicha, nunca voy a los aposentos de los huéspedes; pero al de vuestra señoría vendré alguna vez.

CABALLERO.—¿Y por qué al mío sí?

MIRANDOLINA.—Porque, ilustrísimo señor, vuestra señoría me gusta mucho.

CABALLERO.—¿Que os gusto yo?

MIRANDOLINA.—Me gusta vuestra señoría porque no es mujeriego, ni de esos que se enamoran. (¡Pierda yo la nariz si antes de mañana no le enamoro.) (*Vase.*)

ESCENA XVI

EL CABALLERO, *solo*

CABALLERO.—¡Eh! Yo sé lo que me hago. Las mujeres, de lejos. Esta sería una de las pocas que pudieran hacerme caer más que otras. A fe que ese hablar tan despierto es poco común. No sé que tiene de extraordinario; mas no por eso he de dejar que me enamore. Para divertirme un poco preferiría ésta a otras muchas. Pero ¿enamorarme? ¿Perder mi libertad? No hay peligro. ¡Qué locos, qué locos quienes de las mujeres se enamoran!

ESCENA XVII

Un aposento en la posada.

HORTENSIA, DEYANIRA, FABRICIO

FABRICIO.—Sírvanse entrar aquí, señoras. Miren este otro aposento. Ese, para dormir, y éste, para comer, para recibir y utilizarlo a su gusto.

HORTENSIA.—Está bien, está bien. ¿Sois patrón o camarero?

FABRICIO.—Camarero, a las órdenes de vuestra señoría ilustrísima.

DEYANIRA.—Nos da tratamiento. (*Bajo a Hortensia, riéndose.*)

HORTENSIA.—(Hay que seguir el enredo.) ¡Camarero!

FABRICIO.—¡Ilustrísima!

HORTENSIA.—Decidle al patrón que venga, que quiero hablar con él respecto al hospedaje.

FABRICIO.—Vendrá la patrona; en seguida será servida vuestra señoría. (¡Quién diantre serán estas dos señoras tan solas! En el aire y por el traje damas parecen.)

ESCENA XVIII

DEYANIRA *y* HORTENSIA

DEYANIRA.—Nos da tratamiento. Nos ha tomado por damas.

HORTENSIA.—Así nos servirá mejor.

DEYANIRA.—Pero nos cobrará más caro.

HORTENSIA.—Para las cuentas se entenderá conmigo. Hace ya muchos años que corro el mundo.

DEYANIRA.—No quisiera que con semejantes títulos nos metiéramos en un enredo.

HORTENSIA.—Amiga mía, pocos arranques tienes. Dos comediantas avezadas a hacer en escena de condesas, marquesas y princesas, ¿pueden tener dificultad en representar un papel en una posada?

DEYANIRA.—Vendrán nuestros compañeros y nos descubrirán.

HORTENSIA.—Lo que es en todo el día de hoy no pueden llegar a Florencia. De Pisa aquí embarcados han menester tres días por lo menos.

DEYANIRA.—¡Mira que es tontería venir embarcados!

HORTENSIA.—Por falta de cuartos. Y ya es mucho que nosotras hayamos venido en calesa.

DEYANIRA.—Ha resultado bien la representación de más que hemos dado.

HORTENSIA.—Sí, pero, a no estar yo a la puerta, nada se hubiera conseguido.

ESCENA XIX

FABRICIO y DICHAS

FABRICIO.—Al punto vendrá la patrona a servir las.

HORTENSIA.—Bien.

FABRICIO.—Y yo les suplico que me manden, que he servido a muchas otras damas y tendré a gran honor el servir asimismo con toda solitud a vuestras señorías ilustrísimas.

HORTENSIA.—Si hiciera falta os llamaría.

DEYANIRA.—(Hortensia representa muy bien estos papeles.)

FABRICIO.—Entretanto, suplícoles, ilustrísimas señoras, que me hagan el favor de dar su nombre esclarecido para la consigna. (*Saca un tintero y un librito.*)

DEYANIRA.—(Ahora viene lo bueno.)

HORTENSIA.—¿Y a qué he de dar mi nombre?

FABRICIO.—Nosotros, los posaderos, estamos obligados a dar el nombre, domicilio, patria y condición de cuantos viajeros se hospedan en nuestra posada. Y si tal no hiciéramos, ¡ay de nosotros!

DEYANIRA.—Amiga mía, se acabaron los títulos.
(*Bajo a Hortensia.*)

HORTENSIA.—Muchos darán, con todo, un nombre falso.

FABRICIO.—En cuanto a eso ya, nosotros escribimos el nombre que se nos dicta y no averiguamos más.

HORTENSIA.—Escribid: La baronesa Hortensia del Cerro, de Palermo.

FABRICIO.—¡Siciliana! ¡Corazón ardiente! (*Escribiendo.*) Y vuestra señoría...

DEYANIRA.—Yo... (No sé qué decir.)

HORTENSIA.—Vamos, condesa Deyanira, dad vuestro nombre.

FABRICIO.—Sí, se lo suplico. (*A Deyanira.*)

DEYANIRA.—¿No lo habéis oído? (*A Fabricio.*)

FABRICIO.—La ilustrísima señora condesa Deyanira... (*Escribiendo.*) ¿El apellido?

DEYANIRA.—¿También el apellido? (*A Fabricio.*)

HORTENSIA.—Sí, del Sol, romana. (*A Fabricio.*)

FABRICIO.—No hace falta más. Perdonen la molestia. Ahora vendrá la patrona. (¡Bien decía yo que eran dos damas principales! Me espera buen

negocio, porque propinas creo yo que no han de faltarme.) (*Vase.*)

DEYANIRA.—Sierva humildísima de la señora baronesa...

HORTENSIA.—Condesa, me inclino ante vuestra señoría. (*Se burlan alternativamente.*)

DEYANIRA.—¡Cuán felicísima coyuntura me ofrece la fortuna al poder expresaros mi profundo respeto!

HORTENSIA.—De la fuente de vuestro corazón no sino torrentes de gracia brotar pueden.

ESCENA XX

MIRANDOLINA y DICHAS

DEYANIRA.—Me aduláis, madama. (*A Hortensia en caricatura.*)

HORTENSIA.—Condesa, vuestros méritos son de todo el mundo reconocidos. (*Hace lo propio.*)

MIRANDOLINA.—¡Oh, qué damas tan ceremoniosas. (*Aparte.*)

DEYANIRA.—¡Qué ganas de reír me dan!

HORTENSIA.—Silencio, que aquí está la patrona. (*Bajo a Deyanira.*)

MIRANDOLINA.—Salúdo las cumplidamente, señoras mías.

HORTENSIA.—Buenos días, muchacha.

DEYANIRA.—Señora patrona...

HORTENSIA.—¡Eh! (*Hace señas a Deyanira de que se reporte.*)

MIRANDOLINA.—Permítame que le bese la mano. (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—Sois muy amable. (*Le da la mano.*) (*Deyanira ríe para sí.*)

MIRANDOLINA.—Y también a vuestra señoría. (*Pide la mano a Deyanira.*)

DEYANIRA.—Dejad, no hace falta.

HORTENSIA.—Vamos, aceptad la cortesía de esta joven. Dadle la mano.

MIRANDOLINA.—Se lo ruego.

DEYANIRA.—Tened. (*Le alarga la mano y se ruelve, riéndose.*)

MIRANDOLINA.—¿Se ríe vuestra señoría? ¿Y de qué?

DEYANIRA.—¡Qué condesa ésta! Se ríe de mí. He dicho un despropósito y aun se está riendo...

MIRANDOLINA.—(Apostaría a que no son tales damas. De serlo, no vendrían tan solas.)

HORTENSIA.—Será menester que hablemos de las condiciones del hospedaje. (*A Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Pero... ¿son solas vuestras señorías? ¿No traen caballero, criado, nadie, en fin?

HORTENSIA.—El barón, mi marido...

(*Deyanira se ríe a carcajadas.*)

MIRANDOLINA.—¿Por qué se ríe la señora? (*A Deyanira.*)

HORTENSIA.—Vamos, ¿de qué os reís?

DEYANIRA.—Me río de vuestro marido el barón.

HORTENSIA.—Sí, es muy jocosos; siempre está

bromeando; vendrá presto con el conde Horacio, el marido de la condesa.

(*Deyanira se esfuerza en no reírse.*)

MIRANDOLINA.—¿También la hace reír el señor conde? (*A Deyanira.*)

HORTENSIA.—Vamos, condesa, tened en más vuestro decoro.

MIRANDOLINA.—Señoras mías, háganme el favor, solas estamos, nadie nos oye: ese condado, esa baronía... ¿son por acaso?...

HORTENSIA.—¿Qué queréis decir? ¿Poneís en duda nuestra nobleza?

MIRANDOLINA.—Perdóneme, ilustrísima, y no se acalore, que daría que reír a la señora condesa.

DEYANIRA.—Bien está. ¿Y de que sirve?...

HORTENSIA.—¿Condesa, condesa! (*Amenazándola.*)

MIRANDOLINA.—Yo sé lo que vuestra señoría quiere decir. (*A Deyanira.*)

DEYANIRA.—Si lo adivináis, os tendré en mucho.

MIRANDOLINA.—Quería decir: ¿de qué sirve que finjamos ser dos damas si somos dos buenas piezas?, ¿no es verdad?

DEYANIRA.—Verdad es. ¿Nos conocéis acaso? (*A Mirandolina.*)

HORTENSIA.—¡Vaya una comedianta! ¡Fuera de escena no es capaz de representar un papel!

DEYANIRA.—Fuera de escena no sé fingir.

MIRANDOLINA.—Muy bien, señora baronesa, me gusta su buen humor, y alabo su decisión.

HORTENSIA.—De vez en cuando me divierto con estas cosas.

MIRANDOLINA.—Y a mí me gustan muy mucho las gentes de buen humor. Hospedaos, pues, en mi posada, que sois muy dueñas; sólo sí os ruego que, si por acaso llegasen personas de calidad, me cedáis este aposento, que yo os los daré muy cómodos.

DEYANIRA.—Sí, sí, de muy buena gana.

HORTENSIA.—Pues yo, cuando me gasto mi dinero, quiero que como a dama se me sirva, y en este aposento me quedo y de él no me he de marchar.

MIRANDOLINA.—Vamos, señora baronesa... Mas aquí está ya un caballero, hospedado en esta posada. Apenas ve mujeres, luego se asoma.

HORTENSIA.—¿Rico él?

MIRANDOLINA.—Nada sé.

ESCENA XXI

EL MARQUES y DICHAS

MARQUES.—¿Hay permiso? ¿Se puede pasar?

HORTENSIA.—Por mí, es muy dueño.

MARQUES.—Siervo vuestro soy, señoras.

DEYANIRA.—Sierva humildísima.

HORTENSIA.—Saludo a vuestra señoría.

MARQUES.—¿Son forasteras? (*A Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Sí, excelencia. Han venido a honrar mi posada.

HORTENSIA.—(¡Tiene excelencia, diantre!)

DEYANIRA.—(Ya está Hortensia queriéndolo para sí.)

MARQUES.—¿Y quiénes son estas señoras? (*A Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Esta es la baronesa Hortensia del Cerro, y ésta, la condesa Deyanira del Sol.

MARQUES.—¡Oh! ¡Cumplidísimas damas!

HORTENSIA.—Y vuestra señoría, ¿quién es?

MARQUES.—Soy el marqués de Forlipópolis.

DEYANIRA.—(La posadera quiere seguir la comedia.)

HORTENSIA.—Tengo sumo gusto en conocer a tan cumplido caballero.

MARQUES.—Si en algo pudiera servirla, mándeme vuestra señoría. Pláceme que hayan venido a hospedarse en esta posada. Verán cuán garbosa la posadera.

MIRANDOLINA.—Este caballero es muy amable. Me honra con su protección.

MARQUES.—Cierto que sí. Yo la protejo como a cuantas a su posada vienen; así, que de ocurrírseles algo, mándenme.

HORTENSIA.—En caso, a su cortesía acudiré.

MARQUES.—Señora condesa, vuestra señoría mándeme asimismo.

DEYANIRA.—Podré considerarme feliz si tengo el alto honor de verme comprendida en la lista de sus humildes siervas.

MIRANDOLINA.—(Ha dicho una frase de comedia.) (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—(El título de condesa le ha dado cierto embarazo.) (*A Mirandolina.*)

(*El marqués saca del bolsillo un lindo pañuelo de seda, lo desdobra y hace intención de enjugarse con él la frente.*)

MIRANDOLINA.—¡Buen pañuelo, señor marqués!

MARQUES.—¡Ah! ¿Qué decís? ¿Es bonito? ¿Tengo buen gusto? (*A Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Cierto que es de un gusto excelente.

MARQUES.—¿Los ha visto vuestra señoría tan lindos? (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—Es soberbio. Nunca vi otro igual. (Si me lo diese, lo tomaría.)

MARQUES.—De Londres ha venido. (*A Deyanira.*)

DEYANIRA.—Es muy lindo, me gusta mucho.

MARQUES.—¿Tengo o no buen gusto?

DEYANIRA.—(¡Y no dice a vuestra disposición!)

MARQUES.—Apuesto a que el conde no sabe gastar. Tiene el dinero y no compra jamás un regalo de buen gusto.

MIRANDOLINA.—El señor marqués conoce, distingue, sabe, ve y entiende.

MARQUES. (*Dobla el pañuelo con cuidado.*)—Es menester doblarlo bien, porque no se estropee. Tened. (*Se lo da a Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—¿Quiere que lo ponga en su aposento?

MARQUES.—No. Ponedlo en el vuestro.

MIRANDOLINA.—¿Por qué en el mío?

MARQUES.—Porque... os lo regalo...

MIRANDOLINA.—¡Oh, excelencia, perdonad...!

MARQUES.—Nada, nada, que os lo regalo...

MIRANDOLINA.—No, no lo quiero.

MARQUES.—No hagáis que me enfade.

MIRANDOLINA.—¡Ah, si es así, ya sabe el señor marqués que no quiero disgustar a nadie! Porque no se enfade, lo tomo.

DEYANIRA.—(¡Vaya que es un buen golpe!) (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—(¡Y luego dicen de las comediantas!) (*A Deyanira.*)

MARQUES.—¡Y qué me dicen a esto? ¿Haber dado a mi patrona un pañuelo como ése? (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—¡Generoso caballero!

MARQUES.—Pues así siempre.

MIRANDOLINA.—(Este es el primer regalo que me hace; ni sé cómo tenía tal pañuelo.)

DEYANIRA.—Señor marqués, ¿hay pañuelos de ésos en Florencia? Gustaríame tener uno igual.

MARQUES.—Igual será difícil, pero veremos.

MIRANDOLINA.—(Muy bien por la señora condesa.)

HORTENSIA.—Señor marqués, puesto que vuestra señoría conoce la ciudad, hágame el favor de enviarme un buen zapatero, que necesito zapatos.

MARQUES.—Sí, le enviaré el mío.

HORTENSIA.—El señor marqués nos favorecerá un rato con su compañía.

DEYANIRA.—Nos hará el honor de comer con nosotras.

MARQUES.—Sí, sí, de muy buena gana. (Mirandolina, no tengáis celos, que ya sabéis cuán vuestro soy.)

MIRANDOLINA.—Nada de eso; tengo yo mucho gusto en que vuestra señoría se divierta. (*Al marqués.*)

HORTENSIA.—Vuestra señoría será nuestra tertulia.

DEYANIRA.—No conocemos a nadie. No tenemos sino a vuestra señoría.

MARQUES.—Con mil amores, gentiles damas.

ESCENA XXII

EL CONDE y DICHOS

CONDE.—A Mirandolina buscaba yo.

MIRANDOLINA.—Pues aquí estoy con estas damas.

CONDE.—¿Damas? Salúdo las humilde.

HORTENSIA.—Soy vuestra sierva. (Este es noble más rico que el otro.) (*Bajo a Deyanira.*)

DEYANIRA.—Mas yo no sirvo para pedir. (*Bajo a Hortensia.*)

MARQUES.—¡Chist! Enseñad el pañuelo al conde.) (*Bajo a Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Fíjese, señor conde, en el lindo regalo que el señor marqués me ha hecho. (*Muéstrale el pañuelo al conde.*)

CONDE.—¡Oh, cuánto me alegro! ¡Bravo por el marqués!

MARQUES.—Eso no es nada. Bagatelas sin importancia. Guardadlo, vamos. Y no quiero que lo digáis, que lo que hago no es menester que se sepa.

MIRANDOLINA.—(No es menester que se sepa y me hace enseñarlo. No se acuerdan pobreza y vanidad.)

CONDE.—Con permiso de estas damas, quisiera deciros unas palabras. (*A Mirandolina.*)

HORTENSIA.—Hágalo con entera libertad.

MARQUES.—En el bolsillo estropearéis el pañuelo. (*A Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Lo guardaré entre algodones para que no se manche.

CONDE.—Mirad esta joya de diamantes. (*A Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Muy linda, a fe.

CONDE.—Es pareja de los pendientes que os he regalado. (*Hortensia y Deyanira observan, hablando bajo entre sí.*)

MIRANDOLINA.—Sí que es verdad, pero aun más linda.

MARQUES.—(¡Malditos sean el conde, sus diamantes, su dinero y el diablo que se lo lleve.)

CONDE.—Para que tengáis el juego completo, tomad la joya. (*A Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—No la he de tomar en modo alguno.

CONDE.—No me haréis tal descortesía.

MIRANDOLINA.—Eso no; descortesías no hago nunca. Por no disgustar a vuesa merced, la to-

maré. (*Hortensia y Deyanira hablan como antes, viendo la generosidad del conde.*) ¿Y qué dice a esto, señor marqués? ¿No es mucha fineza esta joya?

MARQUES.—En su género, el pañuelo es de mejor gusto.

CONDE.—Sí, pero de género a género hay mucha distancia.

MARQUES.—¡Vaya, y que está bueno eso de alabarse en público de un gasto grande!

CONDE.—Así como así, regala vuesa merced en secreto.

MIRANDOLINA.—(Bien puede decirse esta vez que de dos en discordia, gana el tercero.)

MARQUES.—Señoras mías, con gusto comeré con ustedes.

HORTENSIA.—¿Quién es este otro señor? (*Al conde.*)

CONDE.—Soy el conde de Albaflorida, para servirlos.

DEYANIRA.—¡Diantre! Es de familia muy ilustre, que yo lo conozco. (*Se acerca a su vez al conde.*)

CONDE.—A vuestras órdenes. (*A Deyanira.*)

HORTENSIA.—¿Está aquí hospedado? (*Al conde.*)

CONDE.—Sí, señora.

DEYANIRA.—¿Por mucho tiempo? (*Al conde.*)

CONDE.—Creo que sí.

MARQUES.—Señoras mías, estarán cansadas de estar en pie, ¿quieren que las acompañe a su cuarto?

HORTENSIA.—Muchas gracias. (*Con desprecio.*)
¿De dónde es el señor conde?

CONDE.—Napolitano.

HORTENSIA.—¡Oh! Medio compatriotas somos, que yo soy siciliana.

DEYANIRA.—Y romana yo; pero he vivido en Nápoles, y precisamente de algo que me interesa mucho deseaba hablar con un caballero napolitano.

CONDE.—Yo les acompañaré, señoras. ¿Están solas? ¿No traen caballeros?

MARQUES.—Aquí estoy yo, señor mío, sin que de nueva merced necesiten.

HORTENSIA.—Solas estamos, señor conde, y el porqué luego lo diremos.

CONDE.—¡Mirandolina!

MIRANDOLINA.—Señor.

CONDE.—Mandad preparar tres cubiertos en mi aposento. ¿Se dignarán favorecerme? (*A Hortensia y Deyanira.*)

HORTENSIA.—Aceptamos su fineza.

MARQUES.—Pero yo estoy invitado por estas señoras.

CONDE.—Muy dueñas son de hacer su gusto; pero mi mesa es tan pequeña que no se cabe en siendo más de tres.

MARQUES.—Quisiera verlo...

HORTENSIA.—Vamos, vamos, señor conde. El señor marqués nos honrará otro día.

DEYANIRA.—Señor marqués, si encuentra el pañuelo, no se le olvide. (*Vase.*)

MARQUES.—Me las pagaréis, conde.

CONDE.—¿De qué os quejáis?

MARQUES.—Yo soy quien soy, y no se me trata así. Pero, en fin... ¿Quería la tal un pañuelo? ¿Un pañuelo como el otro? No lo tendrá. Mirandolina, apreciadlo en cuanto vale. Pañuelos de esa clase no se encuentran. (*Vase.*)

MIRANDOLINA.—(¡Qué loco!)

CONDE.—Mirandolina cara, ¿os disgusta que yo acompañe a esas dos damas?

MIRANDOLINA.—En modo alguno, señor.

CONDE.—Por vos lo hago. Por aumentar la ganancia y la parroquia de vuestra posada; que por lo demás, vuestro soy yo, vuestro mi corazón y vuestras mis riquezas, de las cuales disponed libremente, que dueña os hago de ellas. (*Vase.*)

ESCENA XXIII

MIRANDOLINA, *sola*

MIRANDOLINA.—Con todas sus riquezas y regalos, nunca llegará a enamorarme; y mucho menos el marqués, con su ridícula protección. Si tuviera que unirme a uno de ellos, a buen seguro que me iría con quien más gasta de los dos. Mas ni uno ni otro me petan. Me he propuesto enamorar al caballero Rocatallada, y no daría gusto tal por una joya doble de grande que ésta. Probaré; no sé si tendré tanta habilidad como esas

cómicas, pero probaré. El conde y el marqués, mientras se entretienen con las otras, me dejarán en paz, y podré a mis anchas entendérmelas con el caballero. ¿Será posible que no ceda? ¿Mas quién puede resistir a una mujer, dándole tiempo para usar de su arte? El que huye no puede temer ser vencido; pero el que se detiene, escucha y en ello se complace, pronto o tarde tiene que caer, a pesar suyo. (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Aposento del caballero, con una mesa puesta para la comida, y sillas.

EL CABALLERO y su CRIADO; luego, FABRICIO. EL CABALLERO se pasea con un libro. FABRICIO pone la sopa en la mesa

FABRICIO.—Díle a tu amo que si quiere servirse, la sopa está en la mesa. *(Al criado.)*

CRIADO.—¿No se lo puedes decir tú?

FABRICIO.—Es tan raro, que no le hablo nada a gusto.

CRIADO.—Pues, con todo, no es malo. No puede ver a las mujeres, pero con los hombres es en extremo benévolo.

FABRICIO.—(¿No puede ver a las mujeres? ¡Ay, qué pobre tonto! No sabe lo que es bueno.) *(Vase.)*

CRIADO.—Ilustrísimo, la comida está en la mesa. *(El caballero deja el libro y va a sentarse a la mesa.)*

CABALLERO.—Paréceme que hoy se come antes

de lo acostumbrado. (*Al criado, mientras come; el criado, tras de la silla del caballero, con la servilleta bajo el brazo.*)

CRIADO.—Es que han servido este aposento antes que todos. El señor conde de Albalorida ha estado alborotando porque quería que le sirvieran a él primero; pero la patrona ha querido que la mesa de vuestra señoría fuese por delante.

CABALLERO.—Le estoy muy agradecido a la patrona por las atenciones que me demuestra.

CRIADO.—Es muy cumplida mujer, ilustrísimo. En tanto como he corrido no he visto nunca tan fina posadera.

CABALLERO.—¿Te gusta, eh? (*Volviéndose un poco atrás.*)

CRIADO.—Como que si no fuese por no perjudicar a mi amo, vendríame de camarero con Mirandolina.

CABALLERO.—¡Anda, tontaina! ¿Y qué iba a hacer ella contigo? (*Le da el plato y se lo cambia.*)

CRIADO.—Yo a una mujer así serviríale como un perro. (*Va por un plato.*)

CABALLERO.—¡Por Baco! A todos encanta la tal. ¡Tendría que ver que también a mí me encantase! Nada, nada, mañana me voy a Liorna. Ingéniense, pues, hoy, si sabe, pero tenga por seguro que no soy tan débil. ¡Antes de que yo venza mi aversión por las mujeres, se requieren muchas cosas!

ESCENA II

EL CRIADO *con el asado y otro plato, y DICHO.*

CRIADO.—Ha dicho la patrona que si el pollo no le gusta le mandará un pichón.

CABALLERO.—Me gusta todo. ¿Y esto qué es?

CRIADO.—Dice la patrona que yo le diga si a vuestra señoría ilustrísima le gusta esta salsa que ella misma ha hecho.

CABALLERO.—No hace sino tenerme obligado. (*La prueba.*) Es muy sabrosa. Dile que me gusta y que se lo agradezco.

CRIADO.—Se lo diré, ilustrísimo.

CABALLERO.—Ve a decírselo en seguida.

CRIADO.—¿En seguida? ¡Oh, qué prodigio! ¡Manda un cumplido a una mujer!) (*Vase.*)

CABALLERO.—Es una salsa exquisita. No he probado otra mejor. (*Va comiendo.*) Cierto que si Mirandolina sigue así, siempre ha de tener huéspedes. A más de que no se puede negar que es muy graciosa; si bien lo que prefiero en ella es la sinceridad. ¡Su sinceridad es muy buena cosa! ¿Por qué no puedo ver yo a las mujeres? Porque son falsas, embusteras, lisonjeras. Pero esa sinceridad...

ESCENA III

EL CRIADO *y* DICHO

CRIADO.—Que agradece a vuesa señoría ilustrísima la bondad que en agradecer tales pequeñeces demuestra.

CABALLERO.—Bravo, señor maestro de ceremonias, bravo.

CRIADO.—Ahora está haciendo ella misma otro plato, mas no quiere decir qué cosa sea.

CABALLERO.—¿Lo está haciendo, dices?

CRIADO.—Sí, señor.

CABALLERO.—Dame de beber.

CRIADO.—A sus órdenes. (*Va por el vino.*)

CABALLERO.—Será menester corresponderle generosamente. Es sobrado cumplida; hay que pagarle el doble. Tratarla bien, pero salir escapado. (*El criado le trae de beber.*) ¿El conde está comiendo? (*Bebe.*)

CRIADO.—Sí, ilustrísimo; en este momento. Hoy tiene invitadas con él a dos damas.

CABALLERO.—¿Dos damas? ¿Quiénes son?

CRIADO.—Han llegado a esta posada hace unas horas. No sé quiénes pueden ser.

CABALLERO.—¿Las conocía el conde?

CRIADO.—Creo que no; mas apenas las ha visto las ha invitado a comer.

CABALLERO.—¿Qué flaqueza! Apenas ve dos mu-

jerés, luego se les une. Y ellas aceptan. Dios sabe quiénes serán; pero sean quienesquieran son mujeres y basta. El conde se arruinará, ciertamente. Dime: el marqués ¿está ya a la mesa?

CRIADO.—Ha salido de casa y aun no ha vuelto.

CABALLERO.—Ya he concluído. (*Hace que le cambie la fuente.*)

CRIADO.—Servidor de vuesa señoría.

CABALLERO.—¡Comiendo con dos damas! ¡Vaya qué es linda compañía! Con sus dengues me quitaban a mí el apetito.

ESCENA IV

MIRANDOLINA, con una fuente en la mano, el CRIADO
y DICHO

MIRANDOLINA.—¿Hay permiso?

CABALLERO.—¡Hola!

CRIADO.—Mande.

CABALLERO.—Coge esa fuente.

MIRANDOLINA.—Perdóneme y deje que tenga el honor de ser yo misma quien la ponga en la mesa. (*Coloca la fuente.*)

CABALLERO.—Este no es oficio vuestro.

MIRANDOLINA.—¡Ay, señor! ¿Y quién soy yo? ¿Alguna señora? Soy servidora de quien me honra viniendo a mi posada.

CABALLERO.—(¡Qué humildad!)

MIRANDOLINA.—A la verdad, no tendría inconveniente en servir a todos a la mesa, pero no lo hago por ciertos miramientos; no sé si vuestra señoría me entiende. A este aposento vengo sin escrúpulos, con libertad.

CABALLERO.—Mil gracias. ¿Qué plato es éste?

MIRANDOLINA.—Es un guiso que yo misma he hecho.

CABALLERO.—Bueno será. Habiéndolo hecho vos, bueno será.

MIRANDOLINA.—¡Ay, señor, y qué benévolo es vuestra señoría! Yo nada sé hacer bien. Gustaríame saber por dar gusto a tan cumplido caballero.

CABALLERO.—(Mañana a Liorna.) Si tenéis que hacer, no os incomodéis por mí.

MIRANDOLINA.—Nada, señor; la casa está bien provista de cocineros y criados. Me gustaría oírle si el plato le sabe bien.

CABALLERO.—De muy buena gana os lo diré al punto. *(Lo prueba.)* Bueno, riquísimo. ¡Qué sabroso! Mas no sé lo que puede ser.

MIRANDOLINA.—Señor mío, yo tengo mis secretos. Estas manos saben hacer muy buenas cosas.

CABALLERO.—Dame de beber. *(Al criado, con cierta vehemencia.)*

MIRANDOLINA.—Tras este plato, señor, es menester beber de lo bueno.

CABALLERO.—Dame una copa de Borgoña. *(Al criado.)*

MIRANDOLINA.—Muy bien. El vino de Borgoña es gustosísimo. A mi parecer, para comer, el mejor vino que beber se puede. (*El criado pone encima de la mesa botella y vaso.*)

CABALLERO.—Tenéis en todo buen gusto.

MIRANDOLINA.—Cierto que pocas veces me engaño.

CABALLERO.—Con todo, en esta vez os engañáis.

MIRANDOLINA.—¿En qué, señor?

CABALLERO.—En creer que yo merezca tanta distinción.

MIRANDOLINA.—¡Ay, señor caballero...! (*Suspirando.*)

CABALLERO.—¿Qué es eso? ¿Qué significan esos suspiros? (*Alterado.*)

MIRANDOLINA.—Yo le diré; atenciones con todos tengo, y me entristezco cuando pienso que no hay sino ingratos.

CABALLERO.—No he de serlo yo. (*Con dulzura.*)

MIRANDOLINA.—Con usted no pretendo hacer mérito alguno, y sí sólo cumplir con mi deber.

CABALLERO.—No, no; yo sé muy bien... No soy tan hosco como creéis. De mí no tendréis queja. (*Echa vino en el vaso.*)

MIRANDOLINA.—¿El qué, señor...? No entiendo...

CABALLERO.—A vuestra salud. (*Bebe.*)

MIRANDOLINA.—Agradecidísima. Me honra harto.

CABALLERO.—Delicioso es el vino.

MIRANDOLINA.—El Borgoña es mi pasión.

CABALLERO.—Si queréis, tomad. (*Le ofrece el vino.*)

MIRANDOLINA.—¡Oh, gracias, señor!

CABALLERO.—¿Habéis comido?

MIRANDOLINA.—Sí, ilustrísimo.

CABALLERO.—¿Queréis una copita?

MIRANDOLINA.—No merezco tales mercedes.

CABALLERO.—Vamos, tomadlo, que os lo doy de muy buena gana.

MIRANDOLINA.—No sé qué decir. En fin, acepto la fineza.

CABALLERO.—Trae una copa. (*Al criado.*)

MIRANDOLINA.—No, no; si me lo permitís, tomaré éste. (*Coge la copa del caballero.*)

CABALLERO.—No, que he bebido yo en él.

MIRANDOLINA.—Beberé en gracia suya. (*Riéndose; el criado pone la otra copa en la bandeja.*)

CABALLERO.—¡Qué condenada!) (*Le sirve el vino.*)

MIRANDOLINA.—Pero ha tiempo ya que he comido, y temo que me haga daño.

CABALLERO.—No hay peligro.

MIRANDOLINA.—¡Si me hiciera el favor de un bocadito de pan! (*Mirandolina, con la copa en una mano y el pan en la otra, se muestra apurada, sin saber cómo mojar una sopa.*)

CABALLERO.—Estáis incómoda. ¿Queréis sentaros?

MIRANDOLINA.—¡Oh, señor, no merezco yo tanto!

CABALLERO.—Vamos, vamos; si estamos solos. Tráele una silla. (*Al criado.*)

CRIADO.—(Mi amo se muere; nunca hizo otro tanto.) (*Va a buscar la silla.*)

MIRANDOLINA.—¡Si lo supieran el señor conde y el señor marqués, pobre de mí!

CABALLERO.—¿Por qué?

MIRANDOLINA.—Cien veces me han invitado a beber o a comer cualquier cosa, y jamás he querido.

CABALLERO.—Vamos, sentaos.

MIRANDOLINA.—Por obedecer a vuestra señoría lo hago. (*Se sienta y moja la sopa en el vino.*)

CABALLERO.—Oye. (*Al criado, bajo.*) (No le digas a nadie que la patrona se ha sentado a mi mesa.)

CRIADO.—(Puede vuestra señoría estar seguro. Me sorprende la novedad.)

MIRANDOLINA.—A la salud de todo lo que al señor caballero le guste.

CABALLERO.—Que me hagan dos huevos, y cuando estén cocidos tráelos.

CRIADO.—¿Cómo quiere vuesa merced los huevos?

CABALLERO.—Como quieras, despacha.

CRIADO.—(Ya entiendo. El amo se va calentando.) (*Vase.*)

CABALLERO.—Mirandolina, sois una muchacha muy discreta.

MIRANDOLINA.—¡Ay, señor! ¿Se burla de mí?...

CABALLERO.—Oíd. Quiero deciros una cosa cierta, certísima, y que ha de redundar en honor vuestro.

MIRANDOLINA.—De grado la oiré.

CABALLERO.—Sois la primera mujer en este mundo con quien he hablado a gusto.

MIRANDOLINA.—Le diré, señor caballero: no es que yo lo merezca; pero a veces se da el caso de que vayan bien los gustos de las personas, que, aun sin conocerse, luego se tienen simpatía. También yo por usted siento lo que por nadie he sentido.

CABALLERO.—Mucho me temo que me hagáis perder la tranquilidad.

MIRANDOLINA.—Vamos, señor caballero; ya que es tan prudente, haga a su modo y no caiga en las flaquezas de los demás. A fe que si me doy cuenta de ello, no vuelvo por aquí. También yo siento no sé qué dentro de mí que nunca hasta ahora he sentido; pero si no quiero enloquecer por los hombres, mucho menos por uno que tanto odia a las mujeres y que acaso, acaso, para probarme y burlarse de mí luego, sálese ahora tratándome con palabritas. Señor caballero, hágame el favor de otro poco de Borgoña.

CABALLERO.—¡Eh, basta!... (*Echa el vino en una copa.*)

MIRANDOLINA.—(Ya está para caer.)

CABALLERO.—Tomad. (*Le da la copa de vino.*)

MIRANDOLINA.—Agradecidísima. Pero ¿no bebe vuestra señoría?

CABALLERO.—Sí que beberé. (Mejor me sería emborracharme, que un diablo espantará al otro.) (*Echa vino en su copa.*)

MIRANDOLINA.—Señor caballero. (*Con mimo.*)

CABALLERO.—¿Qué hay?

MIRANDOLINA.—Choque. (*Hace chocar la copa del caballero con la suya.*) ¡Y vivan los buenos amigos!

CABALLERO.—¡Vivan, vivan! (*Un tanto lánguido.*)

MIRANDOLINA.—Viva... quien quiere bien... y sin malicia... Choque.

CABALLERO.—¡Viva, viva! Gracias, gracias, finísima patrona.

MIRANDOLINA.—De este brindis, nada les toca a las mujeres.

CABALLERO.—¿No? ¿Por qué?

MIRANDOLINA.—Porque sé que no las puede ver.

CABALLERO.—Verdad es que nunca he podido verlas.

MIRANDOLINA.—Consérvese así siempre.

CABALLERO.—No quisiera... (*Recelando, al criado.*)

MIRANDOLINA.—¿El qué, señor?

CABALLERO.—Oíd. (*Le habla al oído.*) (No quisiera que me hicieseis mudar de pensamiento.)

MIRANDOLINA.—¿Yo, señor? ¿Cómo?

CABALLERO.—Vete. (*Al criado.*)

CRIADO.—¿Qué más quiere comer vuestra señoría?

ESCENA V

EL MARQUES *y* DICHOS.

MARQUES.—Aquí estoy otra vez. ¡Mas qué vi-
vas son éstos!

CABALLERO.—¿Cómo aquí, señor marqués? (*Al-
terado.*)

MARQUES.—Excusad, amigo. He llamado y na-
die acude.

MIRANDOLINA.—Con su licencia... (*Quiere mar-
charse.*)

CABALLERO.—Deteneos. (*A Mirandolina.*) No me
tomo yo con vuestra excelencia tanta libertad.
(*Al marqués.*)

MARQUES.—Que me queráis excusar os pido.
Amigos somos y os creía solo. Celebro veros en
compañía de nuestra adorable patroncilla. ¿Qué
me decís ahora? ¿No es una obra maestra?

MIRANDOLINA.—Señor mío, yo estaba aquí sir-
viendo al señor caballero. Me he sentido mal y
me ha socorrido con una copa de Borgoña.

MARQUES.—¿Es eso Borgoña? (*Al caballero.*)

CABALLERO.—Sí, Borgoña es.

MARQUES.—¿Pero del legítimo?

CABALLERO.—Como tal lo he pagado al menos.

MARQUES.—Yo soy buen catador. Dejadme oler-
lo, y yo os sabré decir si lo es o no.

CABALLERO.—¡Hola! (*Llamando.*)

ESCENA VI

EL CRIADO, con los huevos, y DICHOS

CABALLERO.—Una copita al marqués. (*Al criado.*)

MARQUES.—No tan pequeña la copa, que el Borgoña no es licor, y para juzgarlo es menester beber un buen trago.

CRIADO.—Aquí están los huevos. (*Hace intención de servirlos.*)

CABALLERO.—No quiero ya nada más.

MARQUES.—¿Qué plato es ése?

CABALLERO.—Huevos.

MARQUES.—No me gustan. (*El criado se los lleva.*)

MIRANDOLINA.—Señor marqués, con licencia del señor caballero, pruebe ese guiso hecho por mí.

MARQUES.—¡Oh, sí! ¡A ver! Una silla. (*El criado le trae una silla, y pone la copa en la bandeja.*) Un tenedor.

CABALLERO.—Vamos, tráele un cubierto. (*El criado va a buscarlo.*)

MIRANDOLINA.—Señor caballero, puesto que estoy mejor, me marchó.

MARQUES.—Hacerme el favor de quedaros un poco más.

MIRANDOLINA.—¡Ay, señor mío! Tengo que atender a mis quehaceres. A más de que el señor caballero...

MARQUES.—¿Consentís que se quede un poco?
(Al caballero.)

CABALLERO.—¿Qué le queréis?

MARQUES.—Quiero que bebáis una copita de vino de Chipre, que desde que al mundo vinisteis no habréis probado cosa igual. Y tengo el gusto en que Mirandolina lo pruebe también y diga su parecer.

CABALLERO.—Vamos, quedaos, por complacer al señor marqués. (A *Mirandolina*.)

MIRANDOLINA.—El señor marqués me dispensará.

MARQUES.—¿No queréis probarlo?

MIRANDOLINA.—Otra vez será, excelencia.

CABALLERO.—Vamos, quedaos.

MIRANDOLINA.—¿Me lo manda vuestra señoría?

CABALLERO.—Os digo que os quedéis.

MIRANDOLINA.—Obedezco entonces. (Se sienta.)

CABALLERO.—(Cada vez más obligado me tiene.)
(Para sí.)

MARQUES.—¡Oh, qué rico guisado! ¡Qué olor! ¡Qué sabor! (Comiendo.)

CABALLERO.—(Celoso estará el marqués viéndolos a mi lado.) (Bajo a *Mirandolina*.)

MIRANDOLINA.—(No me importa ni poco ni mucho.) (Bajo al caballero.)

CABALLERO.—(¿También sois enemiga de los hombres?) (Bajo a *Mirandolina*.)

MIRANDOLINA.—(Como vuestra señoría de las mujeres.) (Igual que antes.)

CABALLERO.—(Pero mis enemigas empiezan a burlarse de mí)

MIRANDOLINA.—(¿Cómo, señor?)

CABALLERO.—(¡Ah, pícara!) Muy bien, veréis...

MARQUES.—Amigo, a vuestra salud. (*Bebe el vino de Borgoña.*)

CABALLERO.—¿Qué tal? ¿Qué os parece?

MARQUES.—Con perdón vuestro, que no vale nada. Ya probaréis mi vino de Chipre.

CABALLERO.—¿Pero dónde está ese vino de Chipre?

MARQUES.—Aquí lo tengo, conmigo lo traigo, que lo disfrutemos quiero. Aquí está. (*Saca una botella muy pequeña.*)

MIRANDOLINA.—Por lo que veo, señor marqués, no quiere que ese vino se nos suba a la cabeza.

MARQUES.—Esto se bebe gota a gota, como el espíritu de melisa. ¡Hola! ¡Las copitas! (*Abre la botella.*)

(*El criado trae las copitas para vino de Chipre.*)

CABALLERO.—Trae las de rosolí. (*Al criado.*)

MIRANDOLINA.—Yo creo que bastaría con olerlo.

MARQUES.—¡Ay! Tiene un olor que consuela. (*Lo huele. El criado entra tres copas en una bandeja. El marqués echa poco a poco sin llenar las copitas, luego se las ofrece al caballero y Mirandolina, y la otra para sí, apurando bien la botella.*)—¡Qué néctar! ¡Qué ambrosía! ¡Qué destilado maná! (*Bebiendo.*)

CABALLERO.—(¿Qué os parece esta porquería?) (*A Mirandolina, bajo.*)

MIRANDOLINA.—(Agua de fregar.) *(Al caballero, bajo.)*

MARQUES.—¿Qué me decís? *(Al caballero.)*

CABALLERO.—Que es excelente.

MARQUES.—Qué, Mirandolina, ¿os gusta?

MIRANDOLINA.—Yo, señor, no puedo disimular: no me gusta, lo encuentro malo, y no puedo decir que está bueno. Envidio a los que saben fingir. Pero los que tal saben en una cosa así, sabrán en todas hacer lo mismo.

CABALLERO.—(Me reprocha, ¡mas no acierto por qué!)

MARQUES.—Mirandolina, no entendéis de esta clase de vinos. Lo siento. A fe que el pañuelo que os he regalado lo habéis sabido apreciar y os ha gustado; pero lo que es de vino de Chipre no entendéis. *(Acaba de beber.)*

MIRANDOLINA.—(¿Oye cómo se jacta?) *(Al caballero, bajo.)*

CABALLERO.—(No haría yo tal.) *(Bajo a Mirandolina.)*

MIRANDOLINA.—(Su jactancia consiste en despreciar a las mujeres.) *(Bajo al caballero.)*

CABALLERO.—(Y la vuestra en vencer, en conquistar a todos los hombres.) *(Bajo a Mirandolina.)*

MIRANDOLINA.—(A todos, no.) *(Con mucho mimo y muy bajo.)*

CABALLERO.—(A todos, sí.) *(Con cierta vehemencia y muy bajo.)*

MARQUES.—¡Hola! Tres copas limpias. (*Al criado, que luego se las trae en una bandeja.*)

MIRANDOLINA.—Yo, por mí, no quiero más.

MARQUES.—No, no lo hago por vos. (*Echa vino de Chipre en las tres copas.*) Bueno, hombre, con licencia de tu amo, ve al conde de Albaflorida y dile de parte mía, muy alto que lo oigan todos, que le ruego que pruebe un poco de mi vino de Chipre.

CRIADO.—Vuestra excelencia será servido. (Esto no le emborracha.) (*Vase.*)

CABALLERO.—Marqués, sois asaz generoso.

MARQUES.—¿Yo? Preguntadle a Mirandolina.

MIRANDOLINA.—Cierto que sí.

MARQUES.—¿Ha visto el pañuelo el caballero? (*A Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Aún no.

MARQUES.—Ya veréis. (*Al caballero.*) Dejo este poco de bálsamo para esta noche. (*Vuelve a tapar la botella, dejando en ella un dedo de vino.*)

MIRANDOLINA.—Mire y no le vaya a hacer daño, señor marqués.

MARQUES.—¡Eh! ¿Sabéis lo que a mí me hace daño?

MIRANDOLINA.—¿El qué?

MARQUES.—Vuestros ojos lindos.

MIRANDOLINA.—¿De veras?

MARQUES.—Amigo mío, estoy perdidamente enamorado de esta mujer.

CABALLERO.—Lo siento.

MARQUES.—No habéis tenido amor por mujer

alguna. De haberlo probado, aun más me compadeceríais.

CABALLERO.—Sí que os compadezco.

MARQUES.—Y luego que soy celoso como un tonto. Si la deajo estar a vuestro lado es porque sé quién sois; de otro no lo consentiría ni por cien mil dóblas.

CABALLERO.—(Este empieza a fastidiarme.)

ESCENA VII

EL CRIADO, *con una botella en la bandeja, y* DICHOS.

CRIADO.—El señor conde da las gracias a vuestra excelencia y le envía una botella de vino de Canarias. (*Al marqués.*)

MARQUES.—¡Oh! ¿Querrá, por ventura, comparar su vino de Canarias con mi vino de Chipre? Dame acá. ¡Pobre infeliz! Es una porquería, en el olor lo noto ya. (*Se levanta botella en mano.*)

CABALLERO.—Probadlo primero. (*Al marqués.*)

MARQUES.—No quiero probar nada. Esto es una de tantas impertinencias del conde. Siempre quiere quedar encima. Quiere ganarme por la mano, provocarme para que cometa una barbaridad. Pero juro al cielo que he de hacer una que por ciento valga. Mirandolina, si no lo arrojáis de esta casa, por Dios que habrá graves cosas. Que yo soy quien soy y no aguanto semejantes afrentas. (*Vase llevándose la botella.*)

ESCENA VIII

EL CABALLERO, MIRANDOLINA y el CRIADO

CABALLERO.—Ese pobre marqués está loco.

MIRANDOLINA.—Se ha llevado la botella por si acaso se le revolviera la bilis, curarse luego.

CABALLERO.—Que está loco os digo, y Mirandolina es quien le ha hecho enloquecer.

MIRANDOLINA.—¿Soy yo de esas que enloquecen a los hombres?

CABALLERO.—Sí, sois... *(Con pasión.)*

MIRANDOLINA.—Señor caballero, con su licencia. *(Se levanta.)*

CABALLERO.—Quedaos.

MIRANDOLINA.—Perdone, yo a nadie enloquezco. *(Echando a andar.)*

CABALLERO.—Escuchadme. *(Se levanta, pero sin moverse de la mesa.)*

MIRANDOLINA.—Perdone.

CABALLERO.—Que os quedéis os digo. *(Con imperio.)*

MIRANDOLINA.—¿Qué pretende de mí? *(Volviéndose con altanería.)*

CABALLERO.—Nada. *(Confuso.)* Bebamos otra copa de Borgoña.

MIRANDOLINA.—Vamos, señor, pero pronto, pronto, que he de marcharme.

CABALLERO.—Sentaos.

MIRANDOLINA.—No, no, de pie.

CABALLERO.—Tomad. (*Dándole la copa muy meloso.*)

MIRANDOLINA.—Brindo y me voy luego. Un brindis que me enseñó mi abuela:

Viva Baco y Amor viva,
que consuelo dan los dos;
pues si uno el gañote alivia,
mira el otro al corazón.
Bébome el vino, y mis ojos
sólo hacen lo que hacéis vos. (*Vase.*)

ESCENA IX

EL CABALLERO y el CRIADO

CABALLERO.—¡Bravo, bravo; venid aquí, oídme! ¡Ah, malandrina! se ha escapado. Se ha escapado dejando cien diablos que me atormentan.

CRIADO.—¿Vuestra señoría quiere que le sirva la fruta? (*Al caballero.*)

CABALLERO.—¡Vete al diablo tú también! (*El criado se va.*) “Bébome el vino, y mis ojos sólo hacen lo que hacéis vos.” ¿Qué misterioso brindis es éste? ¡Ah, maldita, ya te conozco, ya! Quiere vencerme, quiere asesinarme. ¡Pero con tal gracia lo hace! ¡Sabe insinuarse de un modo...! Diablo, diablo, ¿harás que yo la crea? No, me iré a Liorna. No quiero volver a ver a la tal. Que no se me presente nunca más. ¡Malditas mujeres! A fe que no iré más donde haya mujeres. (*Vase.*)

ESCENA X

El aposento del conde.

EL CONDE DE ALBAFLORIDA, HORTENSIA y DEYANIRA

CONDE.—El marqués de Forlipópolis es un tipo curiosísimo. Es de familia noble, no se puede negar; pero entre él y su padre se lo han gastado todo, y ahora apenas si tienen para vivir. Sin embargo, le gusta dárselas de espléndido.

HORTENSIA.—Se ve que intenta ser generoso, pero que no tiene.

DEYANIRA.—Da lo poco que puede, y quiere que todo el mundo lo sepa.

CONDE.—Sería un buen tipo para una de nuestras comedias.

HORTENSIA.—Espera que llegue la compañía y salgamos al teatro, que puede que lo hagamos.

DEYANIRA.—Tenemos personajes que en imitar toda clase de tipos son excelentes.

CONDE.—Pero si queréis que nos divertamos, menester es que con él sigáis fingiendo ser damas.

HORTENSIA.—Yo lo haré. Pero Deyanira luego se descubre al punto.

DEYANIRA.—Me da que reír que me crean una señora.

CONDE.—Connigo habéis hecho bien en descubrirlos, que de ese modo acaso pueda hacer algo por vosotras.

HORTENSIA.—El señor conde será nuestro protector.

DEYANIRA.—Pues que somos amigos, juntas disfrutaremos sus mercedes.

CONDE.—Os diré. Os hablaré sinceramente. Os acompañaré adonde pueda; pero tengo cierto compromiso que no me permitirá frecuentar vuestra casa.

HORTENSIA.—¿El señor conde tiene algún amorío?

CONDE.—Sí, en confianza os lo diré. La patrona de la posada.

HORTENSIA.—¡Caramba! ¡Sí que es una gran señora! ¡Me maravilla, señor conde, que pueda perderse así por una posadera!

DEYANIRA.—Menos mal estaría que se complaciese en emplear sus finezas con una cómica.

CONDE.—A decir verdad, me gusta poco haceros el amor a vosotras, que tan pronto como venís os vais.

HORTENSIA.—¿Y no es eso mejor, señor mío? De esa manera no se eternizan las amistades ni se arruinan los hombres.

CONDE.—Pero yo estoy comprometido; la quiero y procuro no disgustarla.

DEYANIRA.—¿Pero qué tiene la tal de bueno?

CONDE.—Cosas asaz.

HORTENSIA.—Vaya, Deyanira. Es guapa, coloradita. *(Hace signos de que es linda.)*

CONDE.—¡Tiene mucha gracia!

DEYANIRA.—¿La compara con nosotras en cuanto a gracia?

CONDE.—En fin, sea como quiera, es el caso que Mirandolina me gusta; y si queréis ser mis amigas, tendréis que hablar bien de ella; de otro modo, haced cuenta que no me habéis conocido.

HORTENSIA.—¡Ay, señor conde, yo, por mi parte, digo que Mirandolina es una diosa Venus!

DEYANIRA.—Sí, sí, es verdad. Tiene gracia, habla bien.

CONDE.—Así me gusta.

HORTENSIA.—Si no ha menester más, será servido.

CONDE.—¡Oh! ¿Habéis visto a ése que ha pasado por la sala? (*Mirando fuera de escena.*)

HORTENSIA.—Sí que le he visto.

CONDE.—Ese es otro buen tipo de comedia.

HORTENSIA.—¿De qué género?

CONDE.—Es uno que no puede ver a las mujeres.

DEYANIRA.—¡Oh, qué loco!

HORTENSIA.—Tendrá mal recuerdo de alguna mujer.

CONDE.—¡Quia! Nunca ha estado enamorado. Nunca ha querido tratar con mujeres. A todas desprecia; en fin, basta decir que desprecia incluso a Mirandolina.

HORTENSIA.—¡Pobrecito! Si yo me lo propusiera, apuesto a que le hacía variar de opinión.

DEYANIRA.—Sí que estaría bien. Pero empeño es ése que quisiera yo tomar sobre mí.

CONDE.—Oíd, amigas. Si por pura diversión

queréis enamorarle, palabra de caballero que os hago un buen regalo.

HORTENSIA.—No quiero yo que por eso se me recompense; lo haré por divertirme.

DEYANIRA.—Si el señor conde quiere demostrarnos su fineza, no lo ha de hacer por tal cosa. Así, mientras llegan nuestros compañeros nos divertiremos un poco.

CONDE.—Creo que nada conseguiréis.

HORTENSIA.—El señor conde nos estima en poco.

DEYANIRA.—No somos como Mirandolina; pero al cabo sabemos algo de mundo.

CONDE.—¿Queréis que le mandemos llamar?

HORTENSIA.—Haga como quiera.

CONDE.—¡Hola! ¡Hola!

ESCENA XI

EL CRIADO *del* CONDE *y* DICHOS

CONDE.—Dile al caballero Rocatallada que me haga el favor de venir, que deseo hablarle. (*Al criado.*)

CRIADO.—En su aposento sé que no está.

CONDE.—Hacia la cocina le he visto ir. Búsca-le.

CRIADO.—Al punto. (*Vase.*)

CONDE.—¿Qué habrá ido a hacer a la cocina? Apuesto que a regañar a Mirandolina por haberle dado mal de comer.

HORTENSIA.—Señor conde, yo rogué al señor marqués que me enviase un zapatero, pero temo no verlo.

CONDE.—No penséis más en ello, que seréis servida.

DEYANIRA.—A mí el señor marqués me tiene prometido un pañuelo, mas no me lo ha traído.

CONDE.—Ya encontraremos pañuelos.

DEYANIRA.—El caso es que lo necesito.

CONDE.—Si éste os gusta, quedaos con él. Está limpio. (*Le ofrece el suyo de seda.*)

DEYANIRA.—Obligadísima a sus finezas.

CONDE.—Aquí está el caballero. Mejor será que sigáis fingiéndooos damas, para mejor obligarle a que por cortesía os escuche. Hacedos un poco atrás, que si os ve luego huye.

HORTENSIA.—¿Cómo se llama?

CONDE.—El caballero Rocatallada; es toscano.

DEYANIRA.—¿Está casado?

CONDE.—No puede ver a las mujeres.

HORTENSIA.—¿Es rico?

CONDE.—Sí, mucho.

DEYANIRA.—¿Y generoso? (*Haciéndose atrás.*)

CONDE.—Más bien.

DEYANIRA.—Que entre, que entre. (*Se retira.*)

HORTENSIA.—Déjeme tiempo, y ya verá. (*Se retira.*)

ESCENA XII

EL CABALLERO y DICHS

CABALLERO.—Conde, ¿es vuestra señoría quien me llama?

CONDE.—Sí, yo el que así os molesta.

CABALLERO.—¿Qué puedo hacer en vuestro servicio?

CONDE.—Estas dos damas han menester de vuestra señoría. (*Señalándole las dos damas, que se adelantan luego.*)

CABALLERO.—Perdonadme, pero no puedo detenerme.

HORTENSIA.—Señor caballero, no es mi propósito molestar a vuestra señoría.

DEYANIRA.—Una palabra, por favor, señor caballero.

CABALLERO.—Señoras mías, ruégoles que me perdonen; tengo un asunto urgente.

HORTENSIA.—En dos palabras, despachemos.

DEYANIRA.—Dos palabritas no más.

CABALLERO.—(¡Maldito conde!)

CONDE.—Caballero, la cortesía quiere que sean escuchadas damas que así ruegan.

CABALLERO.—Perdonad. ¿En qué puedo servir-las? (*A las mujeres, con seriedad.*)

HORTENSIA.—¿Vuestra señoría no es toscano?

CABALLERO.—Sí, señora.

DEYANIRA.—¿Tendrá, pues, amigos en Florencia?

CABALLERO.—Tengo amigos y parientes.

DEYANIRA.—Sepa, señor mío... pero, amiga mía, empieza tú. (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—Le diré, señor caballero... Ha de saber vuestra señoría que...

CABALLERO.—Vamos, señoras, yo se lo suplico. Tengo un asunto urgente.

CONDE.—Vaya, bien entendido, que mi presencia les causa empacho. Confiense con libertad al caballero, que yo no les molesto más. (*Yéndose.*)

CABALLERO.—No, amigo, quédese... oiga...

CONDE.—Sé cuál es mi deber, señoras; soy su servidor. (*Vase.*)

ESCENA XIII

HORTENSIA, DEYANIRA *y el* CABALLERO

HORTENSIA.—Hágame el favor, sentémonos.

CABALLERO.—Perdone, no quiero sentarme.

DEYANIRA.—¿Cómo tan descortés con las mujeres?

CABALLERO.—Háganme el favor de decirme qué es lo que quieren.

HORTENSIA.—Hemos menester su ayuda, su protección, su bondad.

CABALLERO.—¿Qué les ha sucedido?

DEYANIRA.—Nuestros maridos nos han abandonado.

CABALLERO.—¿Abandonadas? ¡Cómo! ¿Dos damas abandonadas? ¿Quiénes son sus maridos? (*Con altanería.*)

DEYANIRA.—Amiga, a fe que no sé seguir. (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—(Tan endiablado es el enredo, que también yo me confundo.)

CABALLERO.—Señoras, las saludó. (*Haciendo intención de marcharse.*)

HORTENSIA.—¿Cómo? ¿Así nos trata?

DEYANIRA.—¿Todo un caballero?

CABALLERO.—Perdónenme. Hombre soy que estima en mucho la propia tranquilidad. Oigo hablar de dos damas abandonadas de sus maridos. Habrá en todo ello no pocos contratiempos; no soy dado a andanzas tales. Vivo para mí mismo, señoras mías; de mí no pueden esperar consejo ni ayuda.

HORTENSIA.—Vaya, no tengamos más tiempo engañado a nuestro amabilísimo caballero.

DEYANIRA.—Sí, hablémosle con sinceridad.

CABALLERO.—¿Qué nuevo lenguaje es éste?

HORTENSIA.—Nosotras no somos damas.

CABALLERO.—¿No?

DEYANIRA.—El señor conde ha querido gustarle una broma.

CABALLERO.—Pues ya está gastada y os saludo. (*Quiere marcharse.*)

HORTENSIA.—Quédese un momento.

CABALLERO.—¿Qué queréis?

DEYANIRA.—Concedáanos un instante de conversación.

CABALLERO.—Tengo que hacer. No puedo detenerme.

HORTENSIA.—No pretendemos comérnoslo.

DEYANIRA.—No atentaremos a su reputación.

HORTENSIA.—Ya sabemos que no puede ver a las mujeres.

CABALLERO.—Si tal sabéis, lo celebro. Os saludo.
(*Quiere marcharse de nuevo.*)

HORTENSIA.—Digo que nosotras no somos mujeres que podamos hacerle sombra.

CABALLERO.—¿Quiénes sois?

HORTENSIA.—Díselo tú, Deyanira.

DEYANIRA.—No, no, díselo tú.

CABALLERO.—Vamos, ¿quiénes sois?

HORTENSIA.—Somos dos comediantas.

CABALLERO.—¡Dos comediantas! Hablad, hablad, que no os tengo miedo; estoy prevenido en favor de vuestro arte.

HORTENSIA.—¿Cómo se entiende eso? Explíquese.

CABALLERO.—Sé que fingís en escena y fuera de escena, y con esa prevención no os temo.

DEYANIRA.—Señor, fuera de escena yo no sé fingir.

CABALLERO.—¿Cómo os llamáis? ¿Doña Sincera? (*A Deyanira.*)

DEYANIRA.—Yo me llamo...

CABALLERO.—¿Y aquí? ¿Doña Buena Pieza? (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—Señor caballero...

CABALLERO.—Sabemos tomar el cabello, ¿eh? (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—Yo no soy...

CABALLERO.—Y como se trata a los primos, ¿verdad?, señora mía. (*A Deyanira.*)

DEYANIRA.—No soy yo de esas...

CABALLERO.—También yo sé hablar en jerga.

HORTENSIA.—¡Ay qué caballero éste! (*Intenta cogerle de un brazo.*)

CABALLERO.—Manos quietas. (*Dándole en ellas.*)

HORTENSIA.—¡Diantre! Tiene más de *payo* que de caballero.

CABALLERO.—Ya os entiendo; sois unas impertinentes.

DEYANIRA.—¿Impertinente yo?

HORTENSIA.—¿Una mujer de mi condición?

CABALLERO.—¡Muy lindo rostro pintado! (*A Hortensia.*)

HORTENSIA.—¡Asno! (*Vase.*)

CABALLERO.—¡Muy lindos esos rizos postizos! (*A Deyanira.*)

DEYANIRA.—¡Maldito! (*Vase.*)

ESCENA XIV

EL CABALLERO; luego, su CRIADO

CABALLERO.—Encontré al cabo manera de que se marcharan, ¿pues que creían? ¿Cogerme en sus redes? ¡Pobres infelices! Vayan, vayan ahora

al conde y cuéntenle la escena. Si eran damas, el respeto mandábame escapar luego; pero cuando puedo yo, a las mujeres las despacho con mucho gusto. No he podido, con todo, deshacerme de Mirandolina. Con tanta cortesía me ha rendido, que casi a quererla me ha obligado. Pero mujeres, y no quiero fiarme. Marcharme he. Mañana me voy. Pero si espero a mañana, si vengo esta noche a dormir a casa, ¿quién me asegura que Mirandolina no acaba del todo conmigo. (*Reflexivo.*) Sí, decídame yo, como un hombre que soy.

CRIADO.—Señor.

CABALLERO.—¿Qué quieres?

CRIADO.—El señor marqués está en el aposento de vuestra señoría, y hablarle desea.

CABALLERO.—¿Qué querrá ese loco? Porque lo que es dinero no me saca más. Que espere, y cuando se canse que se marche. Ve al camarero de la posada, y dile que traiga mi cuenta al punto.

CRIADO.—El señor será servido. (*Hace intención de marcharse.*)

CABALLERO.—Oye. De aquí a dos horas, que estén hechos los baúles.

CRIADO.—¿Es que vuestra señoría quiere marcharse?

CABALLERO.—Sí. Tráeme espada y sombrero sin que el marqués lo advierta.

CRIADO.—¿Y si me ve hacer los baúles?

CABALLERO.—Que diga lo que quiera. ¿Me has entendido?

CRIADO.—¡Oh, cuánto me duele marcharme y dejar a Mirandolina. (*Vase.*)

CABALLERO.—Y con todo, es cierto. Siento al marcharme un nuevo desasosiego que nunca he probado hasta ahora. Tanto peor para mí si me quedara. Tanto más pronto debo partir. Sí, mujeres, sí; siempre hablaré mal de vosotras, que nos hacéis daño, incluso cuando queráis hacernos bien.

E S C E N A X V

FABRICIO *y* DICHO

FABRICIO.—¿Es cierto, señor, que quiere la cuenta?

CABALLERO.—Sí; ¿la traes?

FABRICIO.—Ahora la trae la patrona.

CABALLERO.—¿Es ella quien hace las cuentas?

FABRICIO.—Ella siempre, aun en vida de su padre. Escribe y sabe de cuentas mejor que cualquier dependiente de comercio.

CABALLERO.—(¡Qué mujer ésta tan singular!)

FABRICIO.—¿Pero vuestra señoría quiere marcharse tan pronto?

CABALLERO.—Así lo requieren mis negocios.

FABRICIO.—Ruégole que se acuerde del camarero.

CABALLERO.—Trae la cuenta, que yo sé lo que tengo que hacer.

FABRICIO.—¿La quiere aquí?

CABALLERO.—Aquí. A mi aposento no voy por ahora.

FABRICIO.—(Hace bien, que en su aposento está ese fastidioso señor marqués. El muy lindo corteja a la patrona, pero ya puede chuparse el dedo. Mirandolina ha de ser mi mujer.)

CABALLERO.—¡La cuenta! (*Alterado.*)

FABRICIO.—Será servido al punto. (*Vase.*)

ESCENA XVI

EL CABALLERO, *solo*

CABALLERO.—Todos están perdidos por Mirandolina. No es maravilla, pues, que también yo empezara a encenderme. Me marcharé; venceré esta fuerza desconocida... ¡Qué veo! ¡Mirandolina! ¡Qué me quiere? Trae un papel en la mano. Será la cuenta. ¡Qué hacer? Menester es resistir a este último asalto. Después de todo, dentro de dos horas me voy.

ESCENA XVII

MIRANDOLINA, *con un papel en la mano, y DICHO*

MIRANDOLINA.—Señor. (*Tristemente.*)

CABALLERO.—¿Qué hay, Mirandolina?

MIRANDOLINA.—Perdone. (*Permanece retirada.*)

CABALLERO.—Haceos adelante.

MIRANDOLINA.—Ha pedido su cuenta, y está servido. (*Tristemente.*)

CABALLERO.—Dadme acá.

MIRANDOLINA.—Tome. (*Se enjuga los ojos con el delantal al darle la cuenta.*)

CABALLERO.—¿Qué tenéis? ¿Lloráis?

MIRANDOLINA.—Nada, señor; humo que se me ha metido en los ojos.

CABALLERO.—¿Conque humo en los ojos?... Está bien. ¿Cuánto importa la cuenta? (*Lee.*) ¿Diez reales? ¿En cuatro días de tan generoso trato diez reales?

MIRANDOLINA.—Esa es su cuenta.

CABALLERO.—¿Y los dos platos especiales que me habéis dado esta mañana? ¿No entran en la cuenta?

MIRANDOLINA.—Perdone. Lo que regalo no lo pongo en cuenta.

CABALLERO.—¿Me los habéis regalado?

MIRANDOLINA.—Perdóneme esa libertad. Acéptelo como una prueba de... (*Se tapa como si llorase.*)

CABALLERO.—Pero ¿qué tenéis?

MIRANDOLINA.—No sé si será el humo o alguna fluxión en los ojos.

CABALLERO.—No quisiera yo que os hubiese hecho daño el cocinar para mí tan sabrosas viandas.

MIRANDOLINA.—Si así fuera... con gusto... lo pasaría. (*Aparentando contener el llanto.*)

CABALLERO.—(¿Digo, si no me voy!) Está bien, tomad. Ahí van dos doblas; disfrutadlas a mi sa-

lud... y perdonad...(Confuso.) *(Mirandolina, sin hablar, cae como desvanecida en una silla.)* ¡Mirandolina! ¡Ay de mí! Mirandolina. Se ha desmayado. ¿Estará enamorada de mí? Pero ¿tan presto? ¿Y por qué no? ¿No estoy yo enamorado de ella? Mirandolina mía... ¿Mía yo a una mujer? ¡Se ha desmayado por mí! ¡Oh, qué lindas eres! Si tuviera algo con que hacerle volver en sí. Pero, como no trato con mujeres, no tengo espíritus ni ampollas. ¡Hola! ¡Hola! ¿No hay nadie? Pronto... Yo iré. ¡Pobrecita! ¡Bendita seas! *(Se va, y luego vuelve.)*

MIRANDOLINA.—Ahora sí que ha caído. Muchas son las armas que para vencer a los hombres tenemos. Pero cuando tanto se obstinan, el golpe de reserva que nunca falla es un desmayo. Ya vuelve. *(Se coloca como antes.)*

CABALLERO. *(Volviendo con un vaso de agua.)* Heme aquí ya, heme aquí ya. Y aun no ha vuelto en sí. Me quiere ciertamente. Salpicándole la cara con agua se recobrará. *(La salpica, y ella empieza a moverse.)* Animo, ánimo, aquí estoy yo, y por ahora ya no me marchó.

ESCENA XVIII

EL CRIADO, *con espada y sombrero*, y DICHOS

CRIADO.—Aquí están espada y sombrero. *(Al caballero.)*

CABALLERO.—Vete. *(Al criado.)*

CRIADO.—Los baúles...

CABALLERO.—Vete, ¡maldito seas!

CRIADO.—¡Mirandolina!

CABALLERO.—Vete o te rompo la cabeza. (*Le amenaza con el vaso. El criado se va.*) ¡Y no vuelve aún en sí? ¡Cómo le suda la frente! Vamos, Mirandolina mía, ánimo, abrid los ojos, habladme con franqueza.

ESCENA XIX

EL MARQUES, EL CONDE y DICHOS

MARQUES.—Caballero.

CONDE.—Amigo.

CABALLERO.—¡Ah, malditos!

MARQUES.—Mirandolina. (*Con vehemencia.*)

MIRANDOLINA.—¡Ay de mí! (*Se levanta.*)

MARQUES.—Yo la he hecho volver en sí.

CONDE.—Le felicito, caballero.

MARQUES.—¡Bravo por el que no puede ver a las mujeres!

CABALLERO.—¡Qué impertinencia!

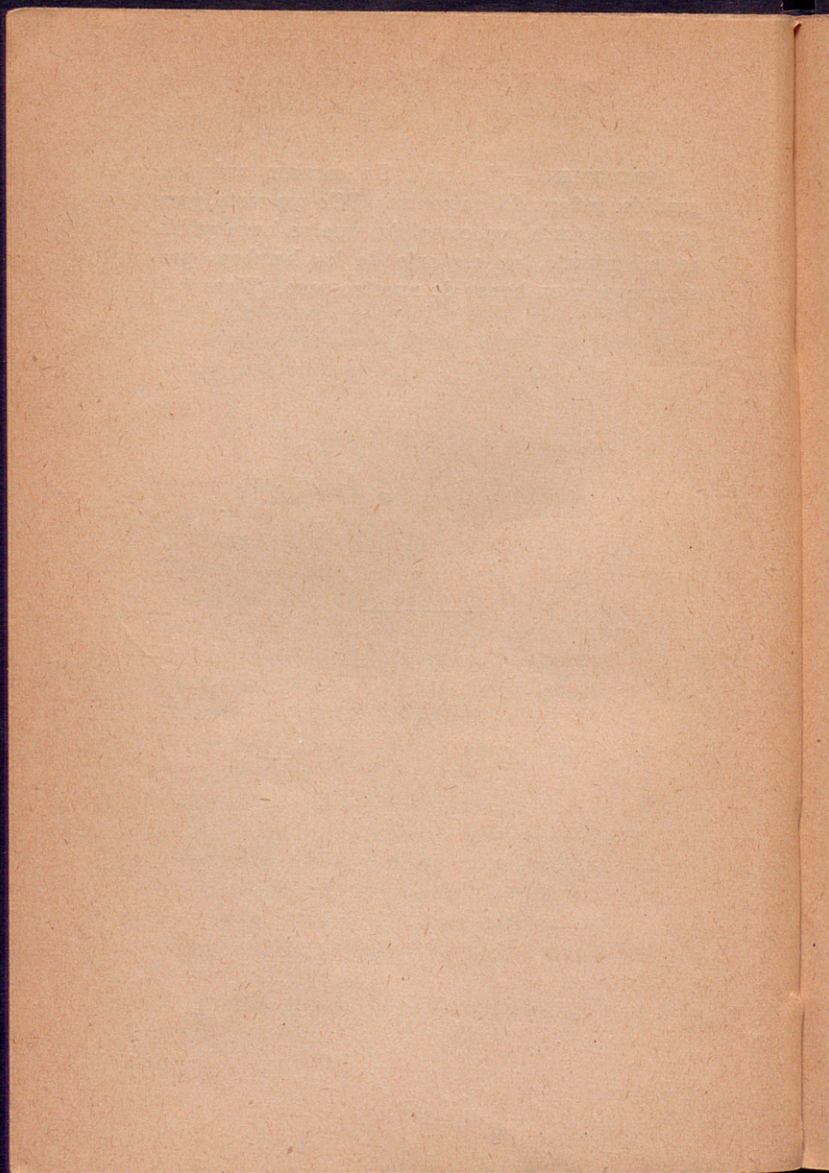
CONDE.—Ha caído vuestra señoría.

CABALLERO.—Idos al diablo todos. (*Tira el vaso al suelo, contra el marqués y el conde, y lo rompe, saliendo luego de allí muy furioso.*)

CONDE.—¡El caballero se ha vuelto loco!
(*Vase.*)

MARQUES.—Ha de dárseme satisfacción de esta afrenta. (*Vase.*)

MIRANDOLINA.—Ya está. Su corazón arde encendido, inflamado, en cenizas. Sólo me resta, para que mi victoria sea completa, que se haga público mi triunfo, en escarnio de los hombres presuntuosos y en honor de nuestro sexo. (*Vase.*)



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Aposento de Mirandolina, con mesa y ropa de plancha.

MIRANDOLINA; *luego*, FABRICIO

MIRANDOLINA.—Bien está. Pasada la diversión, quiero ahora ocuparme de mis quehaceres. Voy a planchar toda esta ropa antes de que se seque del todo. ¡Fabricio!

FABRICIO.—Señora.

MIRANDOLINA.—Hazme el favor de traerme la plancha caliente.

FABRICIO.—Sí, señora. (*Muy serio, haciendo intención de marcharse.*)

MIRANDOLINA.—Perdona si te molesto.

FABRICIO.—De nada, señora. Mientras coma vuestro pan, obligado estoy a servirlos.

MIRANDOLINA.—Espera. Oye, en estas cosas no estás obligado a servirme; pero yo sé que lo haces con gusto por mí, y yo... basta, no digo más.

FABRICIO.—Por mí, os traería el agua con las orejas. Pero ya veo que todo lo habéis tirado por alto.

MIRANDOLINA.—¿Qué es eso de tirado por alto?
¿Es que soy acaso ingrata yo?

FABRICIO.—No os dignáis mirar a los pobres.
Os gusta mucho la gente noble.

MIRANDOLINA.—¡Uh, qué tonto! Si pudiera contártelo todo! ¡Anda, anda por la plancha!

FABRICIO.—Pero si lo he visto yo, con estos ojos...

MIRANDOLINA.—Vamos, menos charlar, y tráeme la plancha.

FABRICIO.—Ya voy, ya voy, seréis servida; pero por poco tiempo ya. (*Yéndose.*)

MIRANDOLINA.—Con los hombres, cuanto más se los quiere, peor. (*Haciendo como que habla consigo misma, mas para que la oigan.*)

FABRICIO.—¿Qué decís? (*Con ternura, volviéndose atrás.*)

MIRANDOLINA.—Vamos, ¿me traes esa plancha?

FABRICIO.—Sí, ya os la traigo. (No lo entiendo. Tan pronto me empuja como me tira al suelo. No lo entiendo.) (*Vase.*)

ESCENA II

MIRANDOLINA; luego, el CRIADO del CABALLERO

MIRANDOLINA.—¡Pobre infeliz! Me ha de servir, mas que no quiera. Me divierte el que los hombres hagan mi gusto. Y lo que es, a ese se-

ñor caballero, que tan enemigo era de las mujeres, de querer yo ahora, seríame fácil hacerle comer cualquier disparate.

CRIADO.—Señora Mirandolina.

MIRANDOLINA.—¿Qué hay, amigo?

CRIADO.—Mi amo le saluda y me envía a preguntarle cómo está.

MIRANDOLINA.—Dile que estoy muy bien.

CRIADO.—Dice que beba un poco de este espíritu de melisa, que le hará mucho bien. (*Le da un frasquito de oro.*)

MIRANDOLINA.—¿Es de oro este frasquito?

CRIADO.—Sí, señora; lo sé con seguridad.

MIRANDOLINA.—¿Y por qué no me dió este espíritu de melisa cuando me sobrevino aquel terrible desmayo?

CRIADO.—Porque entonces no tenía este frasquito de oro.

MIRANDOLINA.—Y ahora, ¿cómo lo tiene?

CRIADO.—En confianza. Me ha mandado poco ha en busca de un joyero, y lo ha comprado. Ha pagado por él doce cequíes, y me ha mandado después al boticario a comprar el espíritu.

MIRANDOLINA.—¡Ja, ja, ja!

CRIADO.—¿Os reís?

MIRANDOLINA.—Me río porque me manda la medicina cuando está curado el mal.

CRIADO.—Para otra vez será bueno.

MIRANDOLINA.—Vaya, beberé un poco para precaverme. (*Bebe.*) Ten, dale las gracias. (*Le quiere dar el frasquito.*)

CRIADO.—No, el botecillo es vuestro.

MIRANDOLINA.—¿Cómo mío?

CRIADO.—Sí, mi amo lo ha comprado aposta.

MIRANDOLINA.—¿Aposta para mí?

CRIADO.—Sí, pero silencio.

MIRANDOLINA.—Llévale su botecito, y dile que se lo agradezco.

CRIADO.—¡Vamos!

MIRANDOLINA.—Te digo que se lo lleves, que no lo quiero.

CRIADO.—¿Habéis de hacerle semejante afrenta?

MIRANDOLINA.—Menos charla. Cumple lo que te mandan. Toma.

CRIADO.—Está bien. Se lo llevaré. (¡Oh, qué mujer; rehusa doce cequíes. ¡No he visto otra cosa igual, y me costará trabajo encontrarla!)

ESCENA III

MIRANDOLINA; *luego*, FABRICIO

MIRANDOLINA.—¡Uy! ¡Está cocido y bizcochado! Pero como lo que he hecho con él no ha sido por interés, quiero que confiese sólo la fuerza de las mujeres, sin que decir pueda que son interesadas y venales.

FABRICIO.—Aquí está la plancha. (*Serio, plancha en mano.*)

MIRANDOLINA.—¿Está bien caliente?

FABRICIO.—Esta caliente, sí, señora. ¡Ojalá estuviera yo lo mismo de abrasado!

MIRANDOLINA.—¿Qué hay de nuevo?

FABRICIO.—Que ese señor caballero manda embajadas y regalos; su criado me lo ha dicho.

MIRANDOLINA.—Sí que es verdad, me ha mandado un botecillo de oro, y yo se lo he devuelto.

FABRICIO.—¿Se lo habéis devuelto?

MIRANDOLINA.—Sí, pregúntaselo al criado mismo.

FABRICIO.—¿Por qué se lo habéis devuelto?

MIRANDOLINA.—Porque... Fabricio no diga... Pero bueno, no hablemos más.

FABRICIO.—Mirandolina, perdonadme.

MIRANDOLINA.—Anda, anda; déjame planchar.

FABRICIO.—Yo no os impido...

MIRANDOLINA.—Ve a prepararme otra plancha, y cuando esté caliente, la traes.

FABRICIO.—Voy, voy. Y creed que si hablo...

MIRANDOLINA.—No digas más, que me enfado...

FABRICIO.—Ya me callé. (Es una cabecita loca, pero la quiero.) (*Vase.*)

MIRANDOLINA.—Esta sí que es buena. Me precio con Fabricio de haber rechazado el botecillo de oro del caballero. Esto se llama saber vivir, saber arreglárselas, saber aprovecharse de todo, con gracia, con limpieza, con desenvoltura. En materia de agudeza, no quiero que se diga que perjudico al buen nombre de mi sexo. (*Plancha.*)

ESCENA IV

EL CABALLERO y DICHA

CABALLERO.—(Aquí está. No quería yo venir, y el diablo me ha arrastrado.) (*Para sí, aparte.*)

MIRANDOLINA.—(Aquí está, aquí está.) (*Lo ve con el rabillo del ojo, y sigue planchando.*)

CABALLERO.—Mirandolina.

MIRANDOLINA.—¡Ay, señor caballero! ¡Su sierva humildísima soy! (*Planchando.*)

CABALLERO.—¿Cómo estamos?

MIRANDOLINA.—Muy bien, para servirlo. (*Planchando sin mirarle.*)

CABALLERO.—Tengo muchas quejas.

MIRANDOLINA.—¿Por qué, señor? (*Mirándole un poco.*)

CABALLERO.—Por haber rehusado un botecito de nada que os he mandado.

MIRANDOLINA.—¿Y qué quería que hiciera? (*Planchando.*)

CABALLERO.—Serviros de él cuando llegara el caso.

MIRANDOLINA.—Gracias a Dios, no suelo sufrir desmayos. Me ha sucedido hoy lo que no me ha sucedido nunca. (*Planchando.*)

CABALLERO.—Mirandolina... No quisiera yo haber sido la causa de tan funesto accidente.

MIRANDOLINA.—Pues sí, que la haya sido temo. (*Planchando.*)

CABALLERO.—¿Yo? ¿De veras? (*Apasionadamente.*)

MIRANDOLINA.—Me ha dado a beber ese maldito vino de Borgoña, y me ha hecho daño. (*Planchando con rabia.*)

CABALLERO.—¡Cómo! ¡Es posible! (*Quédase un tanto mortificado.*)

MIRANDOLINA.—Así es. A su aposento no vuelvo más. (*Planchando.*)

CABALLERO.—Ya entiendo. ¿No vendréis nunca más a mi aposento? Comprendo el misterio. Sí, lo comprendo. Pues yo os digo que vayáis, que saldréis contenta. (*Amorosamente.*)

MIRANDOLINA.—Esta plancha está poco caliente. ¡Eh, Fabricio! Si está caliente esa otra plancha, tráela. (*En voz alta, hacia el interior.*)

CABALLERO.—Hacedme el favor, aceptad el botecillo.

MIRANDOLINA.—A fe, señor caballero, que no he de tomar regalos. (*Con desprecio, planchando.*)

CABALLERO.—Los habéis tomado, sin embargo, del conde de Albaflorida.

MIRANDOLINA.—A la fuerza. Por no disgustarle. (*Planchando.*)

CABALLERO.—¿Y queréis hacerme a mí tal descortesía y disgustarme?

MIRANDOLINA.—¿Qué le importa a usted que una mujer le disguste? Así como así, no puede ver a las mujeres.

CABALLERO.—¡Ay, Mirandolina, ya no puedo decir eso!

MIRANDOLINA.—Señor caballero, ¿a qué hora tiene la luna nueva?

CABALLERO.—Mi cambio no es lunático, sino prodigio que vuestra gracia y vuestra belleza han operado.

MIRANDOLINA.—¡Ja, ja, ja! (*Se ríe a carcajadas y sigue planchando.*)

CABALLERO.—¿Os reís?

MIRANDOLINA.—¿No quiere que me ría? ¿Bromea y no quiere que me ría?

CABALLERO.—¡Ah, picarilla! ¡Conque bromeo, ¿eh?! Vamos, tomad el botecillo.

MIRANDOLINA.—Gracias, gracias. (*Planchando.*)

CABALLERO.—Tomadle, o haréis que me enfade.

MIRANDOLINA.—Fabricio, la plancha. (*Llamando muy fuerte, cómicamente.*)

CABALLERO.—¿Lo tomáis, o no? (*Alterado.*)

MIRANDOLINA.—(Rabia, rabia.) (*Coge el botecillo y lo tira con desprecio en el cesto de la plancha.*)

CABALLERO.—¿Así lo tiráis?

MIRANDOLINA.—¡Fabricio! (*Llama muy fuerte, como antes.*)

ESCENA V

FABRICIO, con la plancha, y DICHOS

FABRICIO.—Aquí estoy. (*Al ver al caballero se muestra celoso.*)

MIRANDOLINA.—¿Está bien caliente? (*Coge la plancha.*)

FABRICIO.—Sí, señora. (*Muy serio.*)

MIRANDOLINA.—¿Qué tienes, que pareces tan turbado? (*A Fabricio, con ternura.*)

FABRICIO.—Nada, señora ama, nada.

MIRANDOLINA.—¿Estás malo? (*Como antes.*)

FABRICIO.—Dadme acá la otra plancha, si queréis que la ponga al fuego.

MIRANDOLINA.—Mira, que temo que estés malo. (*Como antes.*)

CABALLERO.—Vamos, dadle la plancha y que se vaya.

MIRANDOLINA.—Le quiero mucho. ¿Sabe vuestra señoría? Es mi camarero de confianza. (*Al caballero.*)

CABALLERO.—(No puedo más.) (*Para sí, muy excitado.*)

MIRANDOLINA.—Toma, toma, caliéntala. (*Le da la plancha a Fabricio.*)

FABRICIO.—Señora ama... (*Con ternura.*)

MIRANDOLINA.—Vamos, pronto, pronto... (*Le despide.*)

FABRICIO.—(¿Qué vida es ésta? ¡No puedo más!) (*Vase.*)

ESCENA VI

EL CABALLERO y MIRANDOLINA

CABALLERO.—Muchas finezas son éstas con un camarero.

MIRANDOLINA.—¿Qué quiere decir eso?

CABALLERO.—Que ya se ve que estáis enamorada.

MIRANDOLINA.—¿Enamorada yo de un camare-

ro? Me hace mucho favor vuestra señoría; no tengo yo tan mal gusto. Cuando quiera enamorarme no perderé tan mal el tiempo. (*Planchando.*)

CABALLERO.—Merecéis el amor de un rey.

MIRANDOLINA.—¿Del de espadas, o del de copas? (*Planchando.*)

CABALLERO.—Hablemos en serio, Mirandolina; dejemos las bromas.

MIRANDOLINA.—Hable, hable, que ya escucho. (*Planchando.*)

CABALLERO.—¿No podríais dejar de planchar un momento?

MIRANDOLINA.—Perdone. Me urge tener dispuesta esta ropa para mañana.

CABALLERO.—¿Preferís, pues, la ropa a mí?

MIRANDOLINA.—Claro que sí. (*Planchando.*)

CABALLERO.—¿Y no lo negáis?

MIRANDOLINA.—Cierto que no, porque esta ropa me sirve, y con usted nada puedo hacer. (*Planchando.*)

CABALLERO.—Antes bien, podéis disponer de mí como os plazca.

MIRANDOLINA.—Alto. Que vuestra señoría no puede ver a las mujeres.

CABALLERO.—No me atormentéis más. Os estimo y estimo a las mujeres de vuestra misma condición, si es que las hay. Os estimo, os quiero y os pido perdón.

MIRANDOLINA.—Sí, señor; se lo diremos. (*Planchando a toda prisa, deja caer un manguito.*)

CABALLERO. (*Coge del suelo el manguito y se lo da.*)—Creedme...

MIRANDOLINA.—No se moleste.

CABALLERO.—Merecéis que se os sirva.

MIRANDOLINA.—¡Ja, ja, ja! (*Ríese muy fuerte.*)

CABALLERO.—¿Os reís?

MIRANDOLINA.—Me río porque bromea.

CABALLERO.—Mirandolina, no puedo más.

MIRANDOLINA.—¿Se siente mal?

CABALLERO.—Me siento desfallecer.

MIRANDOLINA.—Tenga su espíritu de melisa.
(*Le arroja con desprecio el botecito.*)

CABALLERO.—No me tratéis con tanta aspereza. Creedme, os amo, os lo juro. (*Quiere cogerle una mano, y ella le quema con la plancha.*) ¡Ay!

MIRANDOLINA.—Perdone. No lo he hecho aposta.

CABALLERO.—¡Bah! ¡Esto no es nada! Me habéis hecho una quemadura mayor.

MIRANDOLINA.—¿Dónde, señor mío?

CABALLERO.—En el corazón.

MIRANDOLINA.—¡Fabricio! (*Llama riéndose.*)

CABALLERO.—Por caridad, no llaméis a ése.

MIRANDOLINA.—Es que necesito la otra plancha.

CABALLERO.—Esperad... (pero no...), llamaré a mi criado.

MIRANDOLINA.—¡Fabricio!... (*Hace intención de ir a llamarle.*)

CABALLERO.—¡Juro al cielo que si viene le rompo la cabeza!

MIRANDOLINA.—¡Esta sí que es buena! ¿Es que no puedo servirme yo de mis criados?

CABALLERO.—Llamad a otro; a ése no puedo verle.

MIRANDOLINA.—Me parece que se excede un poco vuestra señoría. (*Se separa de la mesa con la plancha en la mano.*)

CABALLERO.—Perdonad... estoy fuera de mí.

MIRANDOLINA.—Iré yo a la cocina, y así estará contento.

CABALLERO.—No. Quedaos.

MIRANDOLINA.—¡Es en verdad curioso! (*Paseándose.*)

CABALLERO.—Perdonadme. (*Va tras ella.*)

MIRANDOLINA.—¿No he de poder llamar yo a quien quiera? (*Continúa paseándose.*)

CABALLERO.—Lo confieso. Tengo celos de él. (*Siempre tras ella.*)

MIRANDOLINA. (*Aparte.*)—Viene tras de mí como un perrillo. (*Paseándose.*)

CABALLERO.—Esta es la primera vez que experimento lo que es el amor.

MIRANDOLINA.—Nadie ha mandado nunca en mí. (*Andando.*)

CABALLERO.—No es mi intención mandaros nada. Os ruego. (*Siguiéndola.*)

MIRANDOLINA. (*Se vuelve, con arrogancia.*)—¿Qué queréis de mí?

CABALLERO.—Amor, compasión, piedad.

MIRANDOLINA.—¿Un hombre que esta mañana no podía ver a las mujeres, pide ahora amor y pie-

dad? No le hago caso, no puede ser, no le creo. (Muérete, revienta, aprende a despreciar a las mujeres.) (*Vase.*)

ESCENA VII

EL CABALLERO, *solo*

CABALLERO.—¡Maldita la hora en que se me ocurrió mirar a esta mujer! He caído en el lazo, y ya no hay remedio.

ESCENA VIII

EL MARQUES *y* DICHO

MARQUES.—Caballero, vuestra señoría me ha insultado.

CABALLERO.—Perdonadme; fué contra mi voluntad.

MARQUES.—Me maravilla vuestra señoría.

CABALLERO.—Al cabo, la copa no os dió.

MARQUES.—Una gota de agua me ha manchado el traje.

CABALLERO.—Vuelvo a decir que me perdonéis.

MARQUES.—Eso es impertinencia.

CABALLERO.—No lo hice aposta. Perdonadme por tercera vez.

MARQUES.—Quiero una satisfacción.

CABALLERO.—Si no queréis perdonadme y sí sólo una satisfacción, aquí estoy, que no os tengo miedo.

MARQUES.—Mucho temo que esta mancha no se quite; eso es lo que así me enfada. (*Cambiando de tono.*)

CABALLERO.—Cuando un caballero os pide excusa, ¿qué más queréis? (*Con despecho.*)

MARQUES.—Si no lo habéis hecho con malicia, dejémoslo.

CABALLERO.—Ya os digo que soy muy capaz de daros satisfacción.

MARQUES.—Vaya, no se hable más de ello.

CABALLERO.—¡Mal nacido caballero!

MARQUES.—¡Esta sí que es buena! Pásaseme a mí el enfado y le acomete a vuestra señoría.

CABALLERO.—Me habéis hablado cabalmente en buena luna.

MARQUES.—Os compadezco; sé cuál es vuestro mal.

CABALLERO.—No me meto yo en vuestros asuntos

MARQUES.—Señor enemigo de las mujeres, ¿habéis caído, eh?

CABALLERO.—¿Yo? ¿Cómo?

MARQUES.—Sí, estáis enamorado.

CABALLERO.—¡Así el diablo os lleve!

MARQUES.—¿De qué sirve esconderse?

CABALLERO.—Dejadme en paz, que juro al cielo que os tendréis que arrepentir. (*Vase.*)

ESCENA IX

EL MARQUES, *solo*

MARQUES.—Está enamorado, se avergüenza de ello y no quiere que se sepa. Pero tal vez no lo quiera de miedo que tiene; temerá declararse rival mío. Mucho me disgusta esta mancha; ¡si supiera qué hacer para quitármela! Las mujeres suelen tener tierra de quitar manchas. (*Mira en la mesa y en el cesto.*) ¡Oh, qué lindo botecillo! ¿Será de oro, o de similar? Será de similar; si fuera de oro no lo hubiesen dejado aquí; si tuviera dentro agua de la reina, ésa es buena para quitar esta mancha. (*Abre, huele y prueba.*) Es espíritu de melisa. Puede ser que sea bueno. Quiero probar.

ESCENA X

DEYANIRA *y* DICHO

DEYANIRA.—¿Qué hace aquí solo, señor marqués? Nunca nos favorece.

MARQUES.—¡Oh, señora condesa! A verla iba en este momento.

DEYANIRA.—¿Qué estaba haciendo?

MARQUES.—Os diré. Soy yo muy amigo de la limpieza, y quería quitar esta manchita.

DEYANIRA.—¿Con qué, marqués?

MARQUES.—Con espíritu de melisa.

DEYANIRA.—¡Oh, perdone, el espíritu de melisa no sirve, antes bien agranda la mancha!

MARQUES.—¿Qué he de hacer, pues?

DEYANIRA.—Yo tengo un secreto para quitar las manchas.

MARQUES.—Me haréis un gran favor enseñándomelo.

DEYANIRA.—Que me place. Con un escudo me comprometo a quitar la mancha, de suerte que ni aun el sitio donde ha estado se vea.

MARQUES.—¿Un escudo queréis?

DEYANIRA.—Sí, señor. ¿Os parece mucho gasto?

MARQUES.—Mejor es probar con el espíritu de melisa.

DEYANIRA.—Hágame el favor. ¿Es bueno ese espíritu?

MARQUES.—Riquísimo, probad. (*Le da el botecillo.*)

DEYANIRA.—¡Oh, yo lo sé hacer mejor! (*Probándolo.*)

MARQUES.—¿Sabéis hacer espíritus?

DEYANIRA.—Sí, señor; con todo me divierto.

MARQUES.—¡Bravo, bravo! Así me gusta.

DEYANIRA.—¿Será de oro este botecillo?

MARQUES.—¿Qué, no lo veis? Oro es, sin duda. (No distingue el oro del similar.)

DEYANIRA.—¿Es suyo, señor marqués?

MARQUES.—Mío y vuestro, si así lo deseáis.

DEYANIRA.—Agradecidísima a sus mercedes. (*Se lo guarda en el bolsillo.*)

MARQUES.—¡Eh! Bromeáis...

DEYANIRA.—¿Cómo? ¿No me lo ha ofrecido?

MARQUES.—No es cosa que os pertenezca. Es una bagatela. Yo os daré algo mejor, si así lo queréis.

DEYANIRA.—¡Oh, me maravillo! Es demasiado, incluso. Se lo agradezco a vuestra excelencia, señor marqués.

MARQUES.—Oíd. En confianza. No es de oro, es de similar.

DEYANIRA.—Tanto mejor. Lo estimo en más que si oro fuese. A más de que cuanto de sus manos viene es precioso.

MARQUES.—Bien está, no sé qué decir. Quedaos con él. ¡Qué se le va a hacer! Tendré que pagárselo a Mirandolina. ¿Qué puede valer? ¡Un Felipe!

DEYANIRA.—El señor marqués es muy generoso caballero.

MARQUES.—Vergüenza me da regalar tales bagatelas. Quisiera que ese botecillo fuera de oro.

DEYANIRA.—A la verdad, de oro parece. (*Lo saca y lo mira.*) Engaña a cualquiera.

MARQUES.—Cierto que quien no acostumbra ver oro se engaña, mas yo lo conozco en seguida.

DEYANIRA.—Pues en el peso, de oro parece también.

MARQUES.—Con todo no lo es.

DEYANIRA.—Quiero enseñárselo a mi compañera.

MARQUES.—Oíd, señora condesa; no se lo mos-

tréis a Mirandolina. Es una charlatana. No sé si me comprendéis.

DEYANIRA.—Entiendo muy bien. Se lo enseñaré a Hortensia tan sólo.

MARQUES.—¿A la baronesa?

DEYANIRA.—Sí, sí, a la baronesa. (*Riéndose, aparte.*)

ESCENA XI

EL MARQUES; *luego, el CRIADO del CABALLERO*

MARQUES.—Se ríe, sin duda, por haberme quitado el botecillo con tan buena gracia. Lo mismo hubiese hecho a ser de oro. Menos mal que con poco lo arreglaré. Si Mirandolina quisiese su botecillo, se lo pagaré cuando tenga con qué.

CRIADO. (*Buscando en la mesa.*)—¿Dónde diablo estará el tal botecillo?

MARQUES.—¿Qué buscáis, buen hombre?

CRIADO.—Busco un botecillo de espíritu de melisa. Le pide la señora Mirandolina. Dice que le ha dejado aquí, mas no lo encuentro.

MARQUES.—¿Era un botecillo de similor?

CRIADO.—No, señor; de oro.

MARQUES.—¿De oro?

CRIADO.—Cierto que era de oro. Lo he visto comprar yo por doce cequifes. (*Busca.*)

MARQUES.—(¡Ay, pobre de mí!) ¿Y cómo ha dejado así un botecillo de oro?

CRIADO.—Olvidado, pero yo no lo encuentro.

MARQUES.—Me parece imposible que fuese de oro.

CRIADO.—Que era de oro le digo. ¿Lo ha visto por acaso vuestra señoría?

MARQUES.—Yo.. no he visto nada.

CRIADO.—Bueno está. Le diré que no lo encuentro. Culpa suya es. Debió metérselo en el bolsillo. (*Vase.*)

ESCENA XII

EL MARQUES; *luego, el CONDE*

MARQUES.—¡Ay, pobre marqués de Forlipópolis! He dado un botecillo de oro que vale doce cequíes, y lo he dado por similar. ¿Qué hacer en caso tan grave? Si a la condesa le recojo el botecillo, quedo en ridículo a sus ojos; si Mirandolina viene en descubrir que yo lo he tenido, corre peligro mi decoro. Caballero soy, y pagarle debo. Pero no tengo dinero.

CONDE.—¿Qué me decís, señor marqués, de la noticia?

MARQUES.—¿Qué noticia?

CONDE.—El caballero salvaje, el despreciador de las mujeres, está enamorado de Mirandolina.

MARQUES.—Lo celebro. Así reconocerá, a pesar suyo, el mérito de esa mujer; así verá que no me enamoro yo de quien no lo merece; pene y muera, pues, en castigo de su impertinencia.

CONDE.—Pero ¿y si Mirandolina le corresponde?

MARQUES.—No puede ser eso. No me hará tamaño ultraje. Ya sabe quién soy yo y lo que por ella tengo hecho.

CONDE.—Bastante más he hecho yo. Pero todo en balde. Mirandolina atiende al caballero Rocatallada con cuidados que ni con vuestra señoría ni conmigo usó nunca; así se ve que, cuanto más se hace con las mujeres, menos se merecen, pues que, burlándose de quien las adora, corren tras quien las desprecia.

MARQUES.—Si eso fuera verdad... mas no puede ser...

CONDE.—¿Por qué no puede ser?

MARQUES.—¿Queréis comparar al caballero conmigo?

CONDE.—¿Qué no le habéis visto sentarse a su mesa? ¿Ha tenido nunca con nosotros confianza igual? Para él, ropa blanca escogida, sírvesele a la mesa antes que a los demás, hácele ella misma los guisos. Los criados ven todo eso, y hablan del caso. Fabricio arde en celos. Y luego ese desmayo, verdadero o fingido, ¿no es señal manifiesta de amor?

MARQUES.—¿Cómo? ¿A él se le hacen guisos sabrosos, y a mí carne de buey y sopa de arroz a pasto? Si es verdad, eso es un ultraje a mi grado y condición.

CONDE.—¡Pues y yo, que tanto me he gastado en ella?

MARQUES.—¡Y yo, que continuamente le rega-

laba! Incluso le he dado a beber de mi rico vino de Chipre. El caballero no habrá hecho con ella una mínima parte de lo que nosotros hemos hecho.

CONDE.—No, que él también le ha regalado.

MARQUES.—¿Sí? ¿El qué?

CONDE.—Un botecillo de oro con espíritu de melisa.

MARQUES.—(¡Ay de mí!) ¿Cómo lo habéis sabido?

CONDE.—Su criado se lo ha dicho al mío.

MARQUES.—(Esto es peor, que quedo en deuda con el caballero.)

CONDE.—Visto que es una ingrata, quiero dejarla. Al punto me iré de esta posada indigna.

MARQUES.—Sí que hacéis bien. Idos.

CONDE.—Y vuestra señoría, que es tan reputado caballero, debiera marcharse conmigo.

MARQUES.—Pero ¿adónde?

CONDE.—Yo os encontraré hospedaje. Dejadme a mí.

MARQUES.—Pero ese hospedaje... ¿dónde puede ser?...

CONDE.—Iremos a casa de un paisano mío. No nos costará nada.

MARQUES.—No se hable más. Sois tan amigo mío que no puedo deciros que no.

CONDE.—Vámonos y venguémonos de esa desagradecida mujer.

MARQUES.—Sí, vámonos. (Pero ¿qué hacer del botecillo? Caballero soy, y no puedo cometer una mala acción.)

CONDE.—No os arrepintáis, señor marqués; vámonos de aquí. Hacedme ese favor, y luego mandadme en cuanto pueda, que yo os serviré.

MARQUES.—Os diré, en confianza, mas que nadie lo sepa, que mi administrador se retrasa algunas veces en las remesas...

CONDE.—¿Debéis algo?

MARQUES.—Sí, doce cequíes.

CONDE.—¿Doce cequíes? Meses tiene que hacer que no pagáis.

MARQUES.—Así es, doce cequíes debo. No puedo salir de aquí sin pagar la posada. Si me hicierais el favor...

CONDE.—De muy buena gana. Ahí van, doce cequíes. (*Saca su bolsa.*)

MARQUES.—Esperad, que ahora que me acuerdo son trece. (*Quiero también devolver su cequí al caballero.*)

CONDE.—Doce o trece, lo mismo es para mí. Tened.

MARQUES.—Os los devolveré muy luego.

CONDE.—Tomad cuanto queráis. Dineros no me faltan, y por vengarme de ella, mil doblas gastaría.

MARQUES.—Sí, verdaderamente que es una ingrata. Tanto como me he gastado con ella, y me trata así.

CONDE.—Quiero arruinarle la posada. También he conseguido que se marchen las dos comediantas.

MARQUES.—¿Dónde están esas comediantas?

CONDE.—Aquí estaban. Hortensia y Deyanira.

MARQUES.—¿Cómo! ¿No son damas principales?

CONDE.—No, son dos cómicas. Han llegado sus compañeros y se ha acabado el enredo.

MARQUES.—(¡Ay mi botecillo!) ¿En dónde se hospedan?

CONDE.—En una casa próxima al teatro.

MARQUES.—Corro a recuperar mi botecillo.
(*Vase.*)

CONDE.—Así me vengo de ella. En cuanto al caballero, que tan bien ha fingido para hacerme traición, ya me rendirá cuentas de otro modo.
(*Vase.*)

ESCENA XIII

Aposento con tres puertas.

MIRANDOLINA, *sola*

MIRANDOLINA.—¡Ay, mísera de mí, y en qué grave apuro me encuentro! ¡Si el caballero me alcanza, ya estoy fresca! Se ha enfurecido terriblemente. No quisiera que el diablo le entrase la tentación de venir aquí. Cerrar quiero esta puerta. (*Cierra la puerta por donde ha entrado.*) Casi empiezo a arrepentirme de lo hecho. Verdad es que me he divertido asaz haciendo correr tras de mí de esa manera a un orgulloso semejante, despreciador de las mujeres; pero ahora que el sátiro está enfurecido, veo en peligro mi reputación y mi misma persona. Menester es que re-

suelva algo decisivo. Sola estoy, y a nadie tengo que me defienda. No hay sino Fabricio que pudiera servirme para el caso. Le prometeré casarme con él... Pero, promete que te promete, se cansará de creerme... Mejor sería que me casara con él de veras. Al cabo, con ese matrimonio puedo esperar poner a cubierto mi interés y mi reputación, sin menoscabo de mi libertad.

ESCENA XIV

EL CABALLERO, *desde fuera*, y DICHA; luego, FABRICIO

(El caballero llama a la puerta desde fuera.)

MIRANDOLINA.—Llaman a la puerta. ¿Quién será? *(Se acerca.)*

CABALLERO.—¡Mirandolina! *(Desde fuera.)*

MIRANDOLINA.—(Aquí está el amigo.)

CABALLERO.—¡Mirandolina, abridme! *(Como antes.)*

MIRANDOLINA.—(¿Abrirle? No soy tan tonta.) ¿Qué desea, señor caballero?

CABALLERO.—Abridme. *(Desde fuera.)*

MIRANDOLINA.—Haga el favor de irse a su aposento y esperarme, que al punto voy allá.

CABALLERO.—¿Por qué ahora no queréis abrirme? *(Como antes.)*

MIRANDOLINA.—Llegan huéspedes. Hágame ese favor, que luego voy allá.

CABALLERO.—Me voy, pero si no venís, ¡pobre de vos! (*Vase.*)

MIRANDOLINA.—¡Si no venís, pobre de vos! ¡Pobre de mí si fuera! Esto se pone cada vez peor. Remediémoslo, si es que es posible. ¿Se ha marchado? (*Mira por el ojo de la cerradura.*) Sí, sí, se ha ido. Me espera en su aposento, pero yo no voy. ¡Eh, Fabricio! (*Desde otra puerta.*) Estaría bueno que ahora Fabricio se vengase de mí y no quisiera... ¡Oh, no hay peligro! Tengo yo unas maneras y unos guiños, que les hago caer aunque sean de piedra. ¡Fabricio! (*Llama a otra puerta.*)

FABRICIO.—¿Ha llamado la señora?

MIRANDOLINA.—Ven aquí. Quiero hacerte una confidencia.

FABRICIO.—Aquí estoy yo.

MIRANDOLINA.—Has de saber que el caballero Rocatallada me ha declarado su amor.

FABRICIO.—Ya me he dado cuenta, ya.

MIRANDOLINA.—¿Sí? ¿Te has dado cuenta? Pues yo, a la verdad, nunca lo advertí.

FABRICIO.—¡Pobre infeliz! ¿No lo habéis advertido? ¿No habéis visto cuando estabais planchando los gestos que hacía y los celos que tenía de mí?

MIRANDOLINA.—Como yo obro sin malicia, tomo las cosas con indiferencia. Pero ahora, Fabricio, me ha dicho unas cosas, que, en verdad, me han ruborizado.

FABRICIO.—Ya veis, eso os sucede porque sois una muchacha sola, sin padre, sin madre, sin nadie. Si estuvierais casada, no pasaría tal.

MIRANDOLINA.—Comprendo que dices verdad, y he pensado en casarme.

FABRICIO.—Acordaos de vuestro padre.

MIRANDOLINA.—Sí que me acuerdo.

ESCENA XV

EL CABALLERO, desde fuera, y DICHOS

(*El caballero llama a la misma puerta de antes.*)

MIRANDOLINA.—Llaman. (*A Fabricio.*)

FABRICIO.—¿Quién llama? (*En voz alta, hacia la puerta.*)

CABALLERO.—Abrid. (*Desde fuera.*)

MIRANDOLINA.—El caballero. (*A Fabricio.*)

FABRICIO.—¿Qué quiere? (*Se acerca a abrirle.*)

MIRANDOLINA.—Esperad que yo me vaya.

FABRICIO.—¿De qué tenéis miedo?

MIRANDOLINA.—Fabricio mío, no sé. Temo por mi honestidad. (*Vuse.*)

FABRICIO.—No dudéis, que yo os defenderé.

CABALLERO.—Abridme, juro al cielo. (*Desde fuera.*)

FABRICIO.—¿Qué desea el señor? ¿Qué estrépito es ése? En posada tan formal como ésta no van bien esos modos.

CABALLERO.—Abre la puerta. (*Se oye cuán la fuerza.*)

FABRICIO.—¡Por vida del diablo! No quiero precipitarme. ¡A ver! ¡Hola! ¿No hay nadie?

ESCENA XVI

EL MARQUES y EL CONDE, *por la puerta de en medio,*
y DICHOS

CONDE.—¿Qué hay?

MARQUES.—¿Qué ruido es ése? *(A la puerta.)*

FABRICIO.—Vean, señores: el señor caballero Rocatallada quiere forzar la puerta. *(Bajo, de modo que el caballero no lo oiga.)*

CABALLERO.—Abre, o la echo abajo. *(Desde fuera.)*

MARQUES.—¿Se habrá vuelto loco? Vámonos. *(Al conde.)*

CONDE.—Abrele. *(A Fabricio.)* Precisamente, he menester hablar con él.

FABRICIO.—Abriré, pero le suplico...

CONDE.—No dudéis. Aquí estamos nosotros.

MARQUES.—(Apenas vea la menor cosa, escapo.)
(Abre Fabricio y entra el caballero.)

CABALLERO.—¡Juro al cielo! ¿Dónde está?

FABRICIO.—¿A quién busca, señor?

CABALLERO.—¿Dónde está Mirandolina?

FABRICIO.—No lo sé.

MARQUES.—(La ha tomado con Mirandolina. No es nada.)

CABALLERO.—¡Ah, bribona, yo la encontraré!
(Echa a andar y se encuentra con el conde y el marqués.)

CONDE.—¿Con quién estáis enfadado? (*Al caballero.*)

MARQUES.—Caballero, amigos somos.

CABALLERO.—(¡Ay de mí! No quisiera por todo el oro del mundo que fuera conocida mi flaqueza.)

FABRICIO.—¿Qué desea el señor del ama?

CABALLERO.—No es a ti a quien tengo que rendir cuentas. Cuando yo mando, quiero que se me sirva. Para eso pago, y juro al cielo que ha de vérselas conmigo.

FABRICIO.—Vuestra señoría paga su dinero para ser servido en las cosas lícitas y honestas; pero no puede pretender, vuestra señoría me perdone, que una mujer honrada...

CABALLERO.—¿Qué estás diciendo? ¿Tú qué sabes? ¿Qué tienes tú que meterte en mis asuntos? Yo sé muy bien lo que le he mandado.

FABRICIO.—Le ha mandado ir a su aposento.

CABALLERO.—Vete, bribón, o te rompo la cabeza.

FABRICIO.—Me maravilla oírle...

MARQUES.—Silencio. (*A Fabricio.*)

CONDE.—Vete. (*A Fabricio.*)

CABALLERO.—Vete de aquí. (*A Fabricio.*)

FABRICIO.—Digo, señor... (*Acalorándose.*)

MARQUES.—Fuera.

CONDE.—Fuera. (*Lo echan.*)

FABRICIO.—(¡Cuerpo de Baco! ¡Voy a echarlo todo a rodar!) (*Vase.*)

ESCENA XVII

EL CABALLERO, EL MARQUES y EL CONDE

CABALLERO.—(¡Mujer indigna! ¡Hacerme esperar en mi aposento!)

MARQUES.—(¡Qué diantre tiene!)

CONDE.—(¿Qué no lo veis? Está enamorado de Mirandolina.)

CABALLERO.—(¿Y, entretanto, se está con Fabricio? ¡Y le habla de matrimonio!)

CONDE.—(Ahora es la ocasión de vengarme.) Señor caballero, no está bien reírse de las flaquezas ajenas, cuando se tiene un corazón tan frágil como el vuestro.

CABALLERO.—¿Qué es lo que queréis decirme?

CONDE.—¿Entendéis de qué habla? (*Alterado, al marqués.*)

MARQUES.—Nada sé, amigo.

CONDE.—De vuestra señoría hablo, que, pretextando no poder sufrir a las mujeres, ha intentado robarme el corazón de Mirandolina, que era una conquista mía.

CABALLERO.—¿Yo? (*Alterado, dirigiéndose al marqués.*)

MARQUES.—Si yo no hablo...

CONDE.—Vuélvase a mí y me contesta. ¿Estáis tal vez avergonzado de haber procedido mal?

CABALLERO.—Me avergüenzo de seguir escuchándoos sin deciros que mentís.

CONDE.—¿A mí, un mentís?

MARQUES.—(Esto se pone mal.)

CABALLERO.—¿Con qué fundamento podéis decir?... ¡El conde no sabe lo que se dice! (*Airado al marqués.*)

MARQUES.—Mas yo no he de entrometerme.

CONDE.—Sois un embustero.

MARQUES.—Yo me voy. (*Hace intención de marcharse.*)

CABALLERO.—Quedaos. (*Le detiene a la fuerza.*)

CONDE.—Y ajustaremos cuentas...

CABALLERO.—Sí, ajustaremos cuentas... Dadme acá vuestra espada. (*Al marqués.*)

MARQUES.—Vaya, calmaos los dos. Conde, amigo, ¿qué le importa a vuestra señoría que el caballero quiera a Mirandolina?

CABALLERO.—¿Que yo la quiero? No es verdad, y miente quien tal dice.

MARQUES.—¿Miente? No me atañe ese mentís, que no soy yo quien lo dice.

CABALLERO.—¿Quién es entonces?

CONDE.—Yo lo digo y lo sostengo, sin miedo a vuestra señoría.

CABALLERO.—Dadme acá esa espada. (*Al marqués.*)

MARQUES.—Que no, digo.

CABALLERO.—¿Sois aún mi enemigo?

MARQUES.—Soy amigo de todos yo.

CONDE.—Esas son acciones indignas.

CABALLERO.—¡Ah, juro al cielo! (*Quítale la espada al marqués con vaina y todo.*)

MARQUES.—No me perdáis el respeto. (*Al caballero.*)

CABALLERO.—Si os dais por ofendido, también a vuestra excelencia daré satisfacción. (*Al marqués.*)

MARQUES.—Vamos, estáis muy acalorado. (Cómo siento...) (*Para sí, lamentándose.*)

CONDE.—Satisfacción quiero. (*Se pone en guardia.*)

CABALLERO.—Yo os la daré. (*Quiere desenvainar y no puede.*)

MARQUES.—La espada no os conoce.

CABALLERO.—¡Ah, maldita! (*Se esfuerza en sacar la espada.*)

MARQUES.—Caballero, nada conseguiréis.

CONDE.—No tengo más aguante.

CABALLERO.—Ya está. (*Saca la espada y ve que no tiene sino media hoja.*) ¿Qué es esto?

MARQUES.—Me habéis roto mi espada.

CABALLERO.—¿Y dónde está el resto de ella? En la vaina no hay nada.

MARQUES.—Sí, es verdad; la he roto en mi último duelo, ya no me acordaba.

CABALLERO.—Dejad que me provea de una espada. (*Al conde.*)

CONDE.—Juro al cielo que no escaparéis de mis manos.

CABALLERO.—¿Quién dijo huir? Animos tengo para haceros frente con esta hoja rota.

MARQUES.—Es acero español, no tengáis miedo.

CONDE.—No tanta braveza, señor Gradaso.

CABALLERO.—Sí, aun con esta hoja... (*Se adelanta hacia el conde.*)

CONDE.—Atrás. (*Se pone a la defensiva.*)

ESCENA XVIII

MIRANDOLINA, FABRICIO y DICHOS

FABRICIO.—¡Alto, alto, señores!

MIRANDOLINA.—¡Alto, señores míos, alto!

CABALLERO.—(¡Ah, maldita!) (*Al ver a Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—¡Mísera de mí! ¡Con espadas!

MARQUES.—¿Veis? Por causa vuestra.

MIRANDOLINA.—¿Cómo por causa mía?

CONDE.—Aquí, el señor caballero, está enamorado de vos.

CABALLERO.—¿Yo enamorado? No es verdad, mentís.

MIRANDOLINA.—¿El señor caballero está enamorado de mí? ¡Oh, no, señor conde; vuestra señoría se engaña! Puedo asegurarle que se engaña.

CONDE.—¿Estáis de acuerdo con él?

MARQUES.—Ya se sabe, ya se ve...

CABALLERO.—¿Qué es lo que se ve y se sabe? (*Alterado, al marqués.*)

MARQUES.—Digo que cuando es una cosa así se sabe... y cuando no es, no se ve.

MIRANDOLINA.—¿El señor caballero está enamorado de mí? El lo niega, y negándolo en mi presencia me mortifica y me humilla, haciéndome ver su constancia y mi flaqueza. Confieso que si hubiera conseguido enamorarle, creería haber hecho la mayor proeza del mundo. Mas ¿cómo ha de esperar una mujer enamorar a un hombre que no puede ver a las mujeres, que las desprecia, que las tiene en mala opinión? Señores míos, soy yo mujer muy clara y sincera; digo cuanto debo, y no puedo callar la verdad. He intentado enamorar al señor caballero, mas nada he conseguido. ¿No es verdad? He hecho lo posible y no he conseguido nada. (*Al caballero.*)

CABALLERO.—(¡Ay! Ni hablar puedo.)

CONDE.—¿Lo veis? Confundido queda. (*A Mirandolina.*)

MARQUES.—No se atreve a decir que no. (*A Mirandolina.*)

CABALLERO.—Vuestra excelencia no sabe lo que se dice. (*Al marqués, airado.*)

MARQUES.—Siempre la tomáis conmigo. (*Al caballero, suavemente.*)

MIRANDOLINA.—¡Oh, el señor caballero no se enamora! Conoce el arte y la astucia de las mujeres, no cree en palabras ni de lágrimas se fía. En cuanto a los desmayos, riése de ellos.

CABALLERO.—¿Son acaso fingidas las lágrimas de las mujeres y falsos sus desmayos?

MIRANDOLINA.—¡Cómo! ¿No lo sabe, o finge no saberlo?

CABALLERO.—¡Juro al cielo que tal engaño merecería un puñal en el corazón!

MIRANDOLINA.—Señor caballero, no se acalore, porque estos señores dirán que está en verdad enamorado.

CONDE.—Sí lo está, y no puede ocultarlo.

MARQUES.—Se le ve ya en los ojos.

CABALLERO.—No, no lo estoy. (*Airado, al marqués.*)

MARQUES.—Y dale conmigo.

MIRANDOLINA.—No, señor, no está enamorado. Lo digo, lo sostengo y dispuesta estoy a demostrarlo.

CABALLERO.—(No puedo más) Conde, en otra ocasión me hallaréis provisto de espada. (*Tira la media hoja del marqués.*)

MARQUES.—¡Eh, que el puño cuesta dinero! (*La recoge del suelo.*)

MIRANDOLINA.—Deténgase, señor caballero, que le va en ello la reputación. Creen estos señores que vuestra señoría está enamorado de mí, y es menester desengañarlos.

CABALLERO.—No hay necesidad.

MIRANDOLINA.—Sí, señor, sí; deténgase un momento.

CABALLERO.—(¿Qué se propone esta mujer?)

MIRANDOLINA.—Señores, la más segura señal de amor son los celos, y quien no los siente cierto es que no está enamorado. Si el señor caballero me quisiera, no podría sufrir que yo fuese de otro; mas lo sufrirá y verán...

CABALLERO.—¿De quién vais a ser?

MIRANDOLINA.—Del hombre a quien mi padre me destinó.

FABRICIO.—¿Habláis de mí por ventura? (A *Mirandolina.*)

MIRANDOLINA.—Sí, Fabricio; y en presencia de estos caballeros quiero darte mi mano de esposa.

CABALLERO.—(¡Ay de mí! ¡Con ese hombre! No lo puedo sufrir.) (*Para sí, muy excitado.*)

CONDE.—(Si con Fabricio se casa, es que no quiere al caballero.) Casaos, que yo os prometo trescientos escudos.

MARQUES.—Mirandolina, mejor es hoy un huevo que una gallina mañana. Casaos luego, y yo os doy al punto doce cequíes.

MIRANDOLINA.—Gracias, señores, no he menester dote. Soy una pobre mujer sin gracia ni arrestos, incapaz de enamorar a gentes de pro. Pero Fabricio me quiere, y aquí mismo, en vuestra presencia, a él me prometo.

CABALLERO.—Sí, maldita, cástate con quien quieras. Sé que me engañaste, sé que te envaneces de haberme humillado, y veo hasta qué punto quieres agotar mi paciencia. Merecías que yo pagase tus engaños con un puñal en el pecho; merecías que te arrancase el corazón y lo mostrase a las mujeres lisonjeras y engañadoras. Pero eso sería rebajarme doblemente. Huyo de tus ojos, maldigo tus lisonjas, tus lágrimas y fingimientos; me has hecho conocer cuán infausto poder tiene so-

bre los hombres el sexo a que perteneces, haciéndome aprender a propia costa que para vencerle no basta despreciarle, sino que es menester huírle. (*Vase.*)

ESCENA XIX

MIRANDOLINA, EL CONDE, EL MARQUES *y* FABRICIO

CONDE.—Que diga ahora que no está enamorado.

MARQUES.—Si me da otro mentís, como caballero le desafío.

MIRANDOLINA.—Callen, señores, callen. Se ha marchado, y si no vuelve y así acaba todo, puedo decir que he sido afortunada. Por desgracia, he conseguido enamorar al pobrecillo, y he estado en grave riesgo. No quiero volver a meterme en tales andanzas. Fabricio mío, ven aquí, dame la mano.

FABRICIO.—¿La mano? Poco a poco, señora. Divirtiéndooos con enamorar así a la gente, ¿creéis que yo quiero casarme con vos?

MIRANDOLINA.—¡Anda de ahí, loco! Ha sido una broma, un juego, un pique de amor propio. Era una muchacha sin nadie que mandase en mí. Cuando me case ya sabré lo que hacer.

FABRICIO.—¿Qué haréis?

ESCENA ULTIMA

EL CRIADO *del* CABALLERO *y* DICHOS

CRIADO.—Señora patrona, antes de marcharme, quiero despedirme.

MIRANDOLINA.—¿Os marcháis?

CRIADO.—Sí, mi amo ha ido a la posta a mandar enganchar, y allí me espera con el equipaje para irnos a Liorna.

MIRANDOLINA.—Perdonad si no os he hecho...

CRIADO.—No tengo tiempo que perder. Os doy gracias y os saludo. (*Vase.*)

MIRANDOLINA.—Gracias al cielo, se ha marchado. Me queda cierto remordimiento, porque a buen seguro que se ha marchado enfadado. Nunca me libro de estos trajines.

CONDE.—Mirandolina, soltera o casada, siempre seré el mismo para vos.

MARQUES.—Contad asimismo con mi protección.

MIRANDOLINA.—Señores míos, pues que me caso, no quiero protectores, cortejos ni regalos. Hasta aquí me he divertido, y he hecho mal, porque he arriesgado mucho; así que no quiero volver a las andadas. Este es mi marido.

FABRICIO.—Señora, poco a poco.

MIRANDOLINA.—¿Cómo poco a poco? ¿Qué pasa? ¿Qué dificultades hay? Vamos. Dame acá esa mano.

FABRICIO.—Quisiera hacer antes un pacto.

MIRANDOLINA.—¿Qué pacto? No hay más pac-

to que éste: o me das la mano o te vas a tu pueblo.

FABRICIO.—Os daré la mano... pero luego...

MIRANDOLINA.—Luego, sí, amor mío, seré sólo tuya; no dudes de mí, te querré siempre con alma y vida.

FABRICIO.—Toma, toma, que no puedo más. (*Le da la mano.*)

MIRANDOLINA.—(Esto es hecho.)

CONDE.—Mirandolina, sois una mujer extraordinaria; tenéis la habilidad de llevar a los hombres donde queréis.

MARQUES.—Cierto que vuestras maneras obligan harto.

MIRANDOLINA.—Si es verdad que puedo esperar algo de vuestras señorías, una última gracia les pido.

CONDE.—Decid, pues.

MARQUES.—Hablad.

FABRICIO.—(¿Qué irá a pedir ahora?)

MIRANDOLINA.—Les suplico que me hagan la merced de buscar otra posada.

FABRICIO.—(Bravo, ahora veo que me quiere.)

CONDE.—Os entiendo y os alabo. Me iré; pero donde quiera que esté contad con mi estimación.

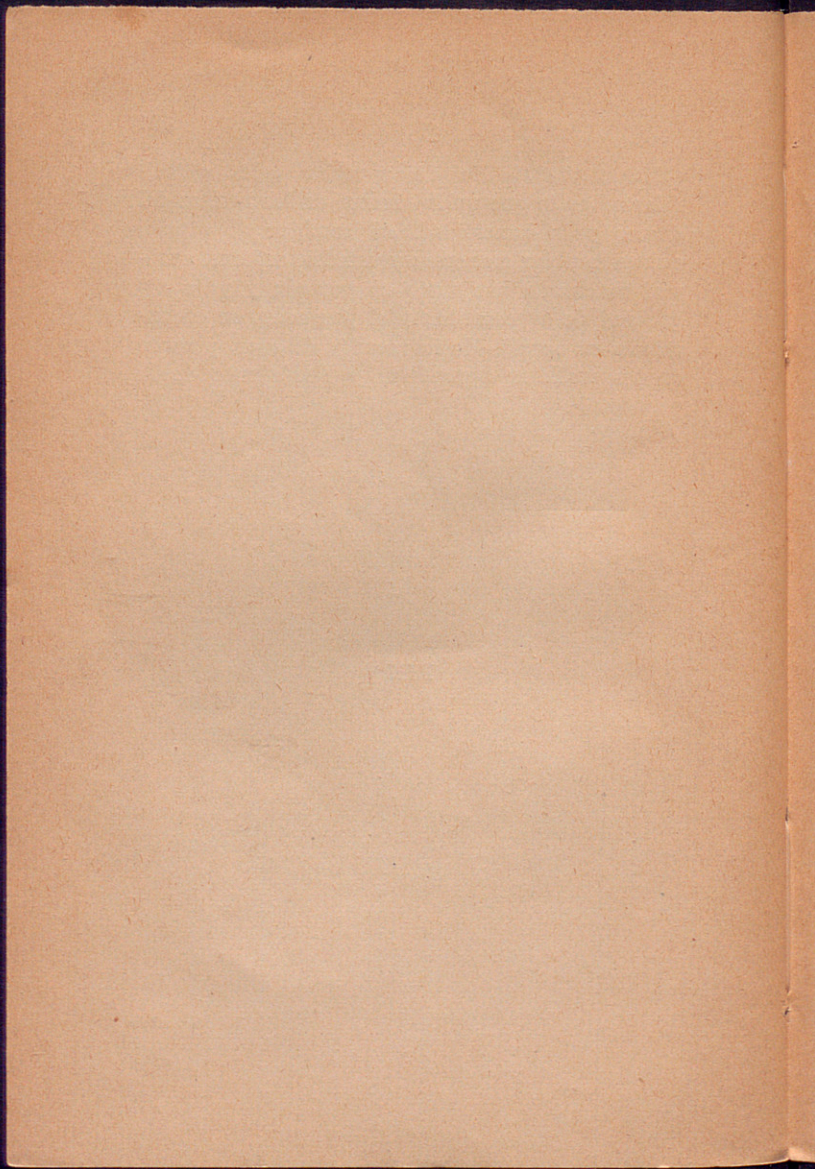
MARQUES.—Decidme. ¿Habéis perdido un botecillo de oro?

MIRANDOLINA.—Sí, señor.

MARQUES.—Aquí está. Yo le he encontrado y os le devuelvo. Me marcharé por daros gusto; pero allí donde me halle contad con mi protección.

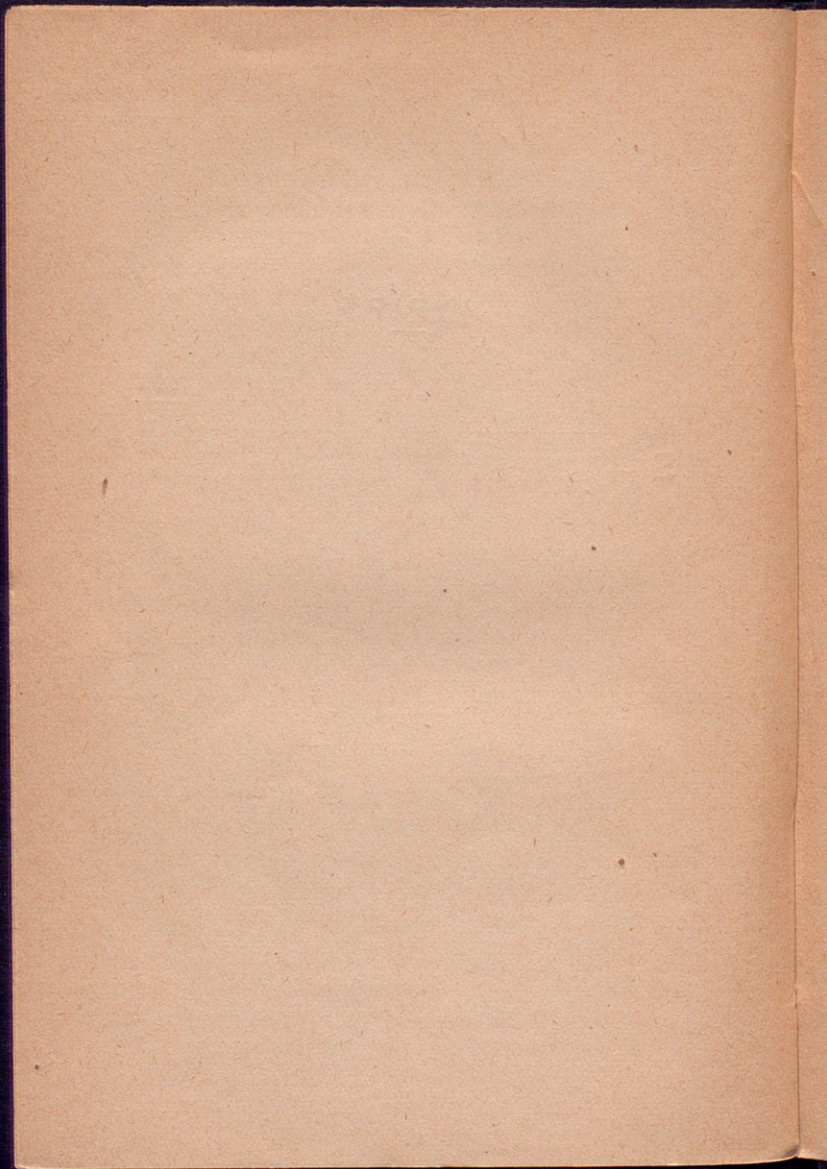
MIRANDOLINA.—He de apreciar tales ofrecimientos en lo que valen, dentro de los límites del decoro y la honestidad. Al cambiar de estado, quiero cambiar maneras; y ustedes, señores, aprovechen cuanto han visto en ventaja y para seguridad de su corazón; y si por acaso se encontrasen en ocasión de flaquear y de caer, piensen en las malicias aprendidas y acuérdense de la posadera.

FIN



INDICE

	<u>Págs.</u>
Acto I	11
— II	55
— III	93



CALPE

COLECCIÓN UNIVERSAL

Precio del número, 0,30

La Colección Universal, inaugurada por la editorial CALPE, publica las mejores producciones literarias del ingenio humano, en todos los órdenes: novela, historia, poesía, ciencia, filosofía, teatro, memorias, viajes, ensayos, etc.

La Colección Universal constituye para los lectores de habla española un elemento indispensable de educación y cultura. Hace asequibles a todo el mundo los beneficios y los goces del trato espiritual con los más grandes genios de la humanidad.

La Colección Universal publica las obras en su ABSOLUTA INTEGRIDAD, sin supresiones ni adiciones de ninguna especie.

La Colección Universal cuida con extremado celo de que las traducciones sean siempre fidelísimas y correctas; no publica traducciones anónimas; encarga sus traducciones a reputados escritores.

La Colección Universal cuenta, para las ediciones de autores españoles, con el consejo y la colaboración de eminentes filólogos.

La Colección Universal se vende a 30 céntimos el número. La extensión de un número es, aproximadamente, de 100 páginas. Las obras de mayor extensión se publican en volúmenes de 200, 300, 400 y más páginas, valuándose cada volumen como 2, 3, 4 y más números.

La Colección Universal, por su extraordinaria baratura, representa un esfuerzo editorial nunca realizado en España.

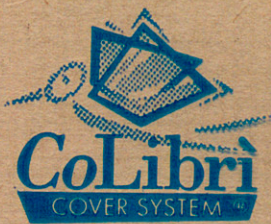
La Colección Universal publica todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas en ocho o diez tomos de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números anuales de la Colección Universal constituirán una copiosa y elegida biblioteca de unos 100 tomos.

La Colección Universal admite suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los suscriptores, el precio del número será de 25 céntimos.

Suscripción trimestral	15 ptas.
— semestral	30 —
— anual	60 —

Para las suscripciones y pedidos de volúmenes sueltos, dirigirse a la

Compañía Anónima CALPE
Consejo de Ciento, 416 y 418
Apartado 89 BARCELONA



Made in Italy

06-15 MIN



8 032919 991362

www.colibrisystem.com

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETC., ETC.

Aparecen veinte números, de unas
cien páginas, cada mes, al precio de
TREINTA CENTIMOS cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(CINCO PESETAS AL MES)

VEINTICINCO CENTIMOS CADA NUMERO

Los 140 números publicados desde julio de 1919
— a enero de 1920 contienen obras de —

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHE-
FOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERI-
MEE, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES,
ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLA-
LON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIB-
NITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE
ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT,
KUPRIN, COELHO, MME. STAEL, TIRSO DE MOLIN
MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJO
GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SA
DEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZE
AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORET
FILMER, NODIER, VERGA y ARNOLD

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Edición

MADRID
Sagasta, 22.

BARCELONA
C. de Ciento, 416.



850
GOL